



Lecturas

Cuarto grado

Lecturas

Cuarto grado



EDUCACIÓN
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA

Secretaría de Educación Pública
Esteban Moctezuma Barragán

Subsecretaría de Educación Básica
Marcos Augusto Bucio Mújica

Dirección General de Materiales Educativos
Aurora Almudena Saavedra Solá

Compilación

Leopoldo Cervantes-Ortiz, Lino Contreras Beceril, Olga Correa Inostroza, Sharon De la Torre, Modesta García Roa

Producción editorial

Martín Aguilar Gallegos

Preprensa

Citlali María del Socorro Rodríguez Merino

Portada

Diseño: Martín Aguilar Gallegos

Iconografía: Irene León Coxtinica

Imagen: *La maestra rural* (detalle), 1924, Diego Rivera (1886-1957), fresco, 2.21 x 7.78 m, ubicado en el Patio del Trabajo, segundo nivel (escalera), D. R. © Secretaría de Educación Pública, Dirección General de Proyectos Editoriales y Culturales/fotografía de Gerardo Landa Rojano; D. R. © 2021 Banco de México, Fiduciario en el Fideicomiso relativo a los Museos Diego Rivera y Frida Kahlo. Av. 5 de Mayo No. 2, col. Centro, Cuauhtémoc, C. P. 06059, Ciudad de México; reproducción autorizada por el Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura, 2021.

Servicios editoriales

Coordinación editorial
Olga Correa Inostroza

Diseño editorial

Agustín Azuela de la Cueva

Diagramación

Elvia Leticia Gómez Rodríguez

Asistencia editorial

Antonio Noel Gutiérrez González

Cuidado de la edición

Sharon De la Torre

Corrección de estilo

Sara Giambruno, Julián Rodríguez

Ilustración

Mariana Alcántara Pedraza, Diego Álvarez, Sharon Barcs, Israel Barrón, Patricio Betteo, Ángel Campos Frías, Julián Cicero, Juan José Colsa, Paloma Díaz Abreu, Julia Díaz Garrido, Ixchel Estrada, Ricardo Figueroa Cisneros, Mauricio Gómez Morín, Natalia Gurovich, Alejandro Herrerías, David Lara, Claudia Legnazzi, Diego Molina, Claudia Navarro, Gabriela Podestá, Tania Recio, Esmeralda Ríos, Luis San Vicente, Mauricio Torres Rivera, Cecilia Varela

Primera edición, 2020

Primera reimpresión, 2021 (ciclo escolar 2021-2022)

D. R. © Secretaría de Educación Pública, 2020,
Argentina 28, Centro,
06020, Ciudad de México

ISBN: 978-607-551-369-0

Impreso en México

DISTRIBUCIÓN GRATUITA-PROHIBIDA SU VENTA

Agradecimientos

La Secretaría de Educación Pública (SEP) agradece a la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) y a la Academia Mexicana de la Lengua por su participación en la elaboración de este libro.

En los materiales dirigidos a las educadoras, las maestras, los maestros, las madres y los padres de familia de educación preescolar, primaria y secundaria, la SEP emplea los términos: niño(s), adolescente(s), jóvenes, alumno(s), educadora(s), maestro(s), profesor(es), docente(s) y padres de familia aludiendo a ambos géneros, con la finalidad de facilitar la lectura. Sin embargo, este criterio editorial no demerita los compromisos que la SEP asume en cada una de las acciones encaminadas a consolidar la equidad de género.

Presentación

Este libro de texto fue elaborado para cumplir con el anhelo compartido de que en el país se ofrezca una educación con equidad y excelencia, en la que todos los alumnos aprendan, sin importar su origen, su condición personal, económica o social, y en la que se promueva una formación centrada en la dignidad humana, la solidaridad, el amor a la patria, el respeto y cuidado de la salud, así como la preservación del medio ambiente.

En su elaboración han participado maestras y maestros, autoridades escolares, expertos y académicos; su participación hizo posible que este libro llegue a las manos de todos los estudiantes del país. Con las opiniones y propuestas de mejora que surjan del uso de esta obra en el aula se enriquecerán sus contenidos, por lo mismo los invitamos a compartir sus observaciones y sugerencias a la Dirección General de Materiales Educativos de la Secretaría de Educación Pública y al correo electrónico: librosdetexto@nube.sep.gob.mx.

Índice

Ser lectores	7
Lectura en voz alta, Juan José Arreola	8
El jardín está lleno de suspiros, José Juan Tablada	11
Tláloc, Efraín Huerta	12
México-Tenochtitlan, Domingo Chimalpáhin	13
Lluvia oblicua, Fernando Pessoa	14
La Mosca que soñaba que era un Águila, Augusto Monterroso	17
A la noche del 15 de septiembre de 1810, Manuel Acuña	18
Un son para niños antillanos, Nicolás Guillén	20
Paco Yunque, César Vallejo	22
Altazor, Vicente Huidobro	26
La Salvaje, Marcel Schwob	27
La niña y la estrella, Rubén Darío	28
El español, Antonio Alatorre	30
El perro y un pedazo de carne, Anónimo	32
Un viaje en tren, Martín Luis Guzmán	34
Vagabundo, Remedios Varo	36
Cómo llamar a un gato, T. S. Eliot	38
Moby Dick, Herman Melville	40
Desde esta luz, Coral Bracho	42
La llovizna de abril, Enriqueta Ochoa	43
La opinión de los demás, Amado Nervo	44
La infancia de Cuauhtémoc, Salvador Toscano	46
Yo escucho los cantos, Antonio Machado	48
Una familia de árboles, Jules Renard	50
Tsaá chaakú iniyu, Celerina Patricia Sánchez Santiago	52
Apenas entendí, Celerina Patricia Sánchez Santiago	53
Árbol, Federico García Lorca	54
Palíndromos, Pedro Poitevin, Óscar René Cruz O., Gilberto Prado Galán	55

La Luna, Fray Bernardino de Sahagún	56
Carrusel, Eliseo Diego	58
Pera verde, Elías Nandino	59
Orfeo y Eurídice, Anónimo	60
El aeroplano, Bernardo Ortiz de Montellano	63
Hipopótamos enanos, Juan Pablo Villalobos	64
Diccionario poético 1, Francisco Hernández, Marco Antonio Montes de Oca	66
Canto florido, Anónimo	67
Los trompos y su espiral, Sor Juana Inés de la Cruz	68
La formación del mundo, Anónimo	70
Falsa domesticación, Clarice Lispector	74
En Hornos, Fernando del Paso	75
Axolotl, Julio Cortázar	76
Diccionario poético 2, Gloria Gervitz, Elías Nandino, Juan Domingo Argüelles	79
Soy una gaviota, Claribel Alegría	80
Asombro, Dolores Castro	81
El Gólem, Gustav Meyrink	82
Poesía visual, Anónimo	84
Canciones del sinsentido, Ulalume González de León	85
La aventura de los leones, Miguel de Cervantes Saavedra	86
Ár 'rini ar de:thä pa ya ja'i, Anónimo	90
El origen del maíz para los humanos, Anónimo	91
El león y la liebre, Anónimo	92
Seda de araña, Guillermo Ibarra Núñez	95
Veinte mil leguas de viaje submarino, Julio Verne	98
Equilibrista, Óscar Hahn	101
Cadidi ca bigu, Anónimo	102
Las tortugas, Anónimo	103

Relaciones y cartas, Cristóbal Colón	104
El Quelite, Corrido popular	107
La lechera, Félix María Samaniego	108
El fénix, Anónimo	111
Drácula, Bram Stoker	112
Los pájaros, Jaime Augusto Shelley	114
Diccionario poético 3, Jules Renard, Jaime Torres Bodet, Adela Ayala	115
Visión de Anáhuac, Alfonso Reyes	116
La orilla del mar, José Gorostiza	120
Ecología, Efraín Huerta	121
El traje nuevo del emperador, Hans Christian Andersen	122
El hombre que llora, Salvador Elizondo	130
Aire, Xavier Villaurrutia	133
Negro cuento de la mujer blanca, Leonora Carrington	134
La tempestad, José Emilio Pacheco	135
Volcanes, Conde de la Cortina	136
Robinson Crusoe, Daniel Defoe	138
Yo en el fondo del mar, Alfonsina Storni	142
Gatos ilustres, Doris Lessing	144
Ulises vence a Polifemo, Homero	148
Gonzalo Guerrero, Bernal Díaz del Castillo	152
Lavanderas del Grijalva, Rosario Castellanos	154
Escogedoras de café en el Soconusco, Rosario Castellanos	155
Glosario	156
Bibliografía	157
Créditos iconográficos	160

Ser lectores

Tú ya no eres una niña ni un niño. Tú estás ya en cuarto. En los tres, o cuatro, o cinco años que llevas de escuela, y en la vida diaria, con tu familia, en la calle, en la televisión, ya aprendiste a leer y a escribir muchas palabras. Pero, más allá de esas palabras, hay muchísimas más. Y las palabras son los puentes que nos llevan al conocimiento. Este libro busca prepararte para que puedas leer todos los demás. Los de la escuela y los que vayas conociendo en otras partes. Este libro se ocupa de lo más importante que la escuela debe darnos: hacernos lectores.

Una cosa es saber leer y escribir, estar alfabetizados, y otra cosa es ser lectores: que cada día dediquemos un buen rato a leer por el gusto de leer. Además, claro está, de lo que tengamos que leer para informarnos y para cumplir con nuestras obligaciones escolares. Ser lectores facilita las otras dos metas centrales de la escuela: enseñarnos a convivir y enseñarnos a manejar los números.

En este libro abundan los textos literarios. Textos en que las autoras y los autores hablan de sus sentimientos, o nos cuentan su vida, o la de otros personajes —históricos o imaginarios—, o nos descubren maneras que no conocíamos de ver el mundo. Textos que nos hacen capaces de analizar la realidad con un pensamiento crítico, y que fomentan nuestra imaginación. En realidad, lo más probable es que hayas comenzado a conocer esta clase de relatos antes de que supieras leer y aun antes de que supieras hablar. Cuando tus padres o abuelos o hermanos mayores comenzaron a contarte cuentos, episodios históricos, leyendas, qué aventuras has tenido en tu vida. Quizá ciertas palabras te resulten desconocidas, por eso las hemos consignado en un glosario al final del libro. En los textos, las palabras marcadas con color azul te indican que debes consultarlo.

Frecuentar los textos literarios —dedicarles un rato cada día— nos enseña a salir de nuestra persona para convertirnos en otros. A hacer nuestras las experiencias y las situaciones de otros seres, sus ideas y sus maneras de ver, sentir e imaginar. Nos aficiona a la lectura, nos convierte en lectores. Y, no lo olvides: eso es lo más importante que la escuela puede darte, porque eso te dejará capacitada o capacitado para que sigas aprendiendo durante todos los días de tu vida.

Felipe Garrido
Académico de número
Academia Mexicana de la Lengua

Lectura en voz alta

Juan José Arreola

Lector, éste es un libro de lectura. Inútil buscar en él otra cosa. No es una antología universal ni un volumen de trozos escogidos. Más que yo mismo, otros lo coleccionaron para mí: los autores de textos escolares, como María Luisa Ross o Atenógenes Pérez y Soto, a quienes aquí rindo tributo. Lo único que importa es que todas las páginas aquí reunidas me enseñaron a amar la literatura y por eso las amo y las reúno. Las leí por primera vez entre los ocho y los doce años de edad. Sólo he agregado unas cuantas que leí después, joven o adulto, y que tienen el mismo valor y la misma enseñanza: me devolvieron el candor y la ingenuidad primeras. Esto es, me siguen enseñando a ser hombre y me enriquecen con los dones de una lengua que ha desarrollado mi espíritu: pez que circula en el agua del lenguaje materno.



Me desentiendo, por lo tanto, de la cronología, de los países y las épocas que señorean habitualmente los manuales de literatura. Ni siquiera los nombres **egregios** han sido tomados en cuenta. En este libro sólo debe oírse una melodía: la de la lengua castellana, por obra y gracia de autores originales o de traducciones anónimas y devotas.

Por eso quiero que pueda ser leído en voz alta, sobre todo por los niños que desarrollan su ser en nuestra habla. Lástima que no pueda hacerse en un coro, para saber quién desentona y quién puede ser un solista. Porque el solista es poeta y el que desentona debe ser llamado a cuentas por la comunidad del espíritu: yo te diré quién eres si hablas el idioma que entiendo: si pagas mi atención con la moneda de tu alma acuñada en lenguaje: única divisa que tiene aceptación universal. Si eres checo, alemán o francés, yo te doy el oro de mi lengua por el oro de la tuya.



No sé de ningún tratado que nos ayude a leer en voz alta. Sólo el ejemplo de quienes saben hacerlo y resucitan de viva voz el sentimiento y la melodía que bulleron el alma de los autores, sirve de algo. Pero lo que no puede el maestro, lo hace el instinto, el genio del lenguaje que poseemos, aunque se haya o se halle dormido entre nosotros.

Dejo adrede, sin aclararlas en nota, muchas palabras, nombres y hechos enigmáticos. Siempre es bueno promover en los lectores alguna visita provechosa al diccionario y a las enciclopedias. Ojalá y sea así, para que el que quiera entender, entienda. Y si no, tanto mejor: el misterio poético se verá acentuado por las dudas de fecha, nacionalidad y vocabulario.

Finalmente debo mencionar aquí a Emilia Gaitán González, porque copió todos los textos con presteza, paciencia y cuidado, *ancilla dilectissima*. Pero sobre todo, y en primer lugar, a los Editores, porque al apoyar la edición hicieron posible que yo tuviera juntas otra vez las palabras que me enseñaron a amar la literatura. Para que otros niños, jóvenes o viejos, las releen conmigo. Adiós pues, lector. Y a Dios las gracias.

México y 1968



El jardín está lleno de suspiros

José Juan Tablada

EL JARDÍN ESTÁ LLENO
de suspiros de luz

Y por sus
frondas escurriendo van
como

lá
gri
mas las últimas gotas

De la
lluvia
lunar.....

Tláloc

Efraín Huerta

Sucede
que me canso
de ser dios.
Sucede
que me canso
de llover
sobre mojado.
Sucede
que aquí
nada sucede
sino la lluvia
lluvia
lluvia
lluvia.



México-Tenochtitlan

Domingo Chimalpáhin

Le dijo nuevamente Cuauhtlequetzqui a Ténoch: “Ténoch, ya llevamos aquí algún tiempo, ve a ver cómo está [el sitio] entre los tules y las cañas donde sepultaste el corazón del adivino Cópil; porque nuestro dios Huitzilopochtli me dijo que allí germinaría el corazón de Cópil, y tú, Ténoch, irás a ver cómo allá ha brotado un nopal, que es el corazón de Cópil; sobre él está posada una águila, que apresa entre sus garras y destroza una serpiente y la devora. Aquel nopal eres tú, Ténoch, y el águila que verás soy yo, y ésa será nuestra gloria; pues mientras dure el mundo, jamás se perderá la fama y la gloria de México Tenochtitlan”. Esto sucedió en tiempos de Huehue Huitzilíhuitl, **tlatohuani** de los mexicas, cuando llevaba 55 años gobernando. Termina el año 10 Calli.



Lluvia oblicua

Fernando Pessoa

El maestro sacude la batuta,
y lánguida y triste la música ataca...

Me recuerda mi infancia, aquel día
en que yo jugaba junto a un muro de jardín
tirándole con una pelota que tenía por un lado
el deslizar de un perro verde, y por el otro lado
un caballo azul corriendo con un *jockey* amarillo...

Prosigue la música, y he ahí en mi infancia
de repente entre el maestro y yo, muro blanco,
va y viene la pelota, ora un perro verde,
ora un caballo azul con un *jockey* amarillo...
Todo el teatro es mi jardín, mi infancia
está en todos los lugares, y la pelota viene tocando música,
una música triste y vaga que pasea en mi jardín
vestida de perro verde tornándose *jockey* amarillo...
(Tan rápida gira la pelota entre los músicos y yo...)



La tiro contra mi infancia y ella
atraviesa todo el teatro que está a mis pies
jugando con un *jockey* amarillo y un perro verde
y un caballo azul que asoma por encima del muro
de mi jardín... Y la música le tira pelotas
a mi infancia... Y el muro del jardín está hecho de gestos
de batuta y rotaciones confusas de perros verdes
y caballos azules y *jockeys* amarillos...

Todo el teatro es un muro blanco de música
por donde un perro verde corre tras de mi **saudade**
de mi infancia, caballo azul con un *jockey* amarillo...



Y de un lado para el otro, de derecha a izquierda,
en donde hay árboles y entre las ramas junto a la copa
con orquestas tocando música,
hacia donde hay filas de pelotas en la tienda donde la compré
y el hombre de la tienda sonríe entre las memorias
de mi infancia...

Y la música cesa como un muro que se desmorona,
la pelota rueda por el despeñadero de mis sueños
interrumpidos,
y de lo alto de un caballo azul, el maestro, *jockey* amarillo
tornándose negro,
agradece, posando la batuta encima de la fuga de un muro,
y se curva, sonriendo, con una pelota blanca encima
de la cabeza,
pelota blanca que le desaparece espaldas abajo...



La Mosca que soñaba que era un Águila

Augusto Monterroso

Había una vez una Mosca que todas las noches soñaba que era un Águila y que se encontraba volando por los Alpes y por los Andes.

En los primeros momentos esto la volvía loca de felicidad; pero pasado un tiempo le causaba una sensación de angustia, pues hallaba las alas demasiado grandes, el cuerpo demasiado pesado, el pico demasiado duro y las garras demasiado fuertes; bueno, que todo ese gran aparato le impedía posarse a gusto sobre los ricos pasteles o sobre las inmundicias humanas, así como sufrir a conciencia dándose topes contra los vidrios de su cuarto.

En realidad no quería andar en las grandes alturas, o en los espacios libres, ni mucho menos.

Pero cuando volvía en sí lamentaba con toda el alma no ser un Águila para remontar montañas, y se sentía tristísima de ser una Mosca, y por eso volaba tanto, y estaba tan inquieta, y daba tantas vueltas, hasta que lentamente, por la noche, volvía a poner las sienes en la almohada.



A la noche del 15 de septiembre de 1810

Manuel Acuña

Ante el recuerdo bendito
de aquella noche sagrada
en que la Patria **aherrojada**
rompió al fin su esclavitud;
ante la dulce memoria
de aquella hora y de aquel día,
yo siento que el alma mía
canta algo como un laúd.



Yo siento que brota en flores
el huerto de mi ternura;
que tiembla entre la espesura
la estrofa de una canción,
y al sonoro y ardiente
murmurar de cada nota,
siento algo grande que brota
dentro de mi corazón.

¡Bendita noche de gloria
que así mi espíritu agitas!
¡Bendita entre las benditas!
¡Noche de la libertad!
Hora de triunfo en que el pueblo
vio al fin, en su omnipotencia,
al sol de la Independencia
rompiendo la oscuridad.



Un son para niños antillanos

Nicolás Guillén

Por el mar de las Antillas
anda un barco de papel,
anda y anda el barco, barco,
sin timonel.

De La Habana a Portobelo,
de Jamaica a Trinidad,
anda y anda el barco, barco,
sin capitán.

Una negra va en la popa,
y en la proa un español,
anda y anda el barco, barco,
con ellos dos.

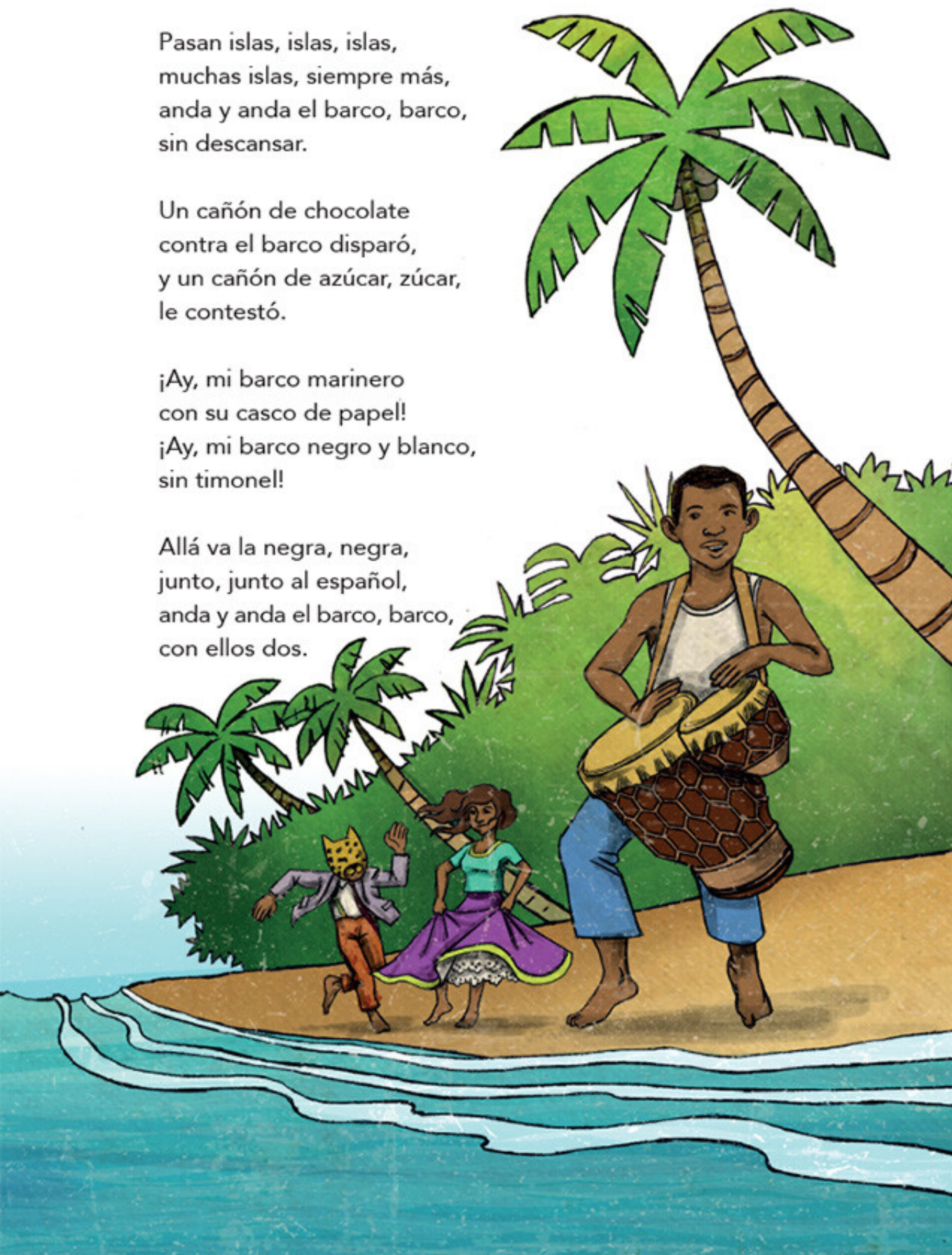


Pasan islas, islas, islas,
muchas islas, siempre más,
anda y anda el barco, barco,
sin descansar.

Un cañón de chocolate
contra el barco disparó,
y un cañón de azúcar, zúcar,
le contestó.

¡Ay, mi barco marinero
con su casco de papel!
¡Ay, mi barco negro y blanco,
sin timonel!

Allá va la negra, negra,
junto, junto al español,
anda y anda el barco, barco,
con ellos dos.



Paco Yunque

César Vallejo

Cuando Paco Yunque y su madre llegaron a la puerta del colegio, los niños estaban jugando en el patio. La madre le dejó y se fue. Paco, paso a paso, fue adelantándose al centro del patio, con su libro primero, su cuaderno y su lápiz. Paco estaba con miedo, porque era la primera vez que venía a un colegio y porque nunca había visto a tantos niños juntos.

Varios alumnos, pequeños como él, se le acercaron y Paco, cada vez más tímido, se pegó a la pared y se puso colorado. ¡Qué listos eran todos esos chicos! ¡Qué desenvueltos! Como si se estuviesen en su casa. Gritaban. Corrían. Reían hasta reventar. Saltaban. Eso era un enredo. Paco estaba también atolondrado porque en el campo no oyó nunca sonar tantas voces de personas a la vez.



En el campo hablaba primero uno, después otro, después otro y después otro. A veces oyó hablar hasta a cuatro o cinco personas juntas. Era su padre, su madre, don José, el cojo Anselmo y la Tomasa. Con las gallinas eran más. Y más todavía con la acequia, cuando crecía... Pero no. Eso no era ya voz de personas, sino otro ruido, muy diferente. Y ahora sí que esto del colegio era una bulla fuerte, de muchos. Paco estaba **asordado**.

Un niño rubio y gordo, vestido de blanco, le estaba hablando. Otro niño, más chico, medio ronco y con blusa azul, también le hablaba. De diversos grupos se separaban los alumnos y venían a ver a Paco, haciéndole muchas preguntas. Pero Paco no podía oír nada, por la gritería de los demás. Un niño trigueño, cara redonda y con una chaqueta verde muy ceñida en la cintura, agarró a Paco por un brazo y quiso arrastrarlo. Paco no se dejó. El trigueño volvió a agarrarlo con más fuerza y lo jaló. Paco se pegó más a la pared y se puso más colorado.



En ese momento sonó la campana y todos entraron a los salones de clase.

Dos niños —los hermanos Zúmiga— tomaron de una y otra mano a Paco y le condujeron a la sala del primer año. Paco no quiso seguirlos al principio, pero luego obedeció, porque vio que todos hacían lo mismo. Al entrar al salón, se puso pálido. Todo quedó repentinamente en silencio y este silencio le dio miedo a Paco. Los Zúmiga le estaban jalando, el uno para un lado y el otro para otro lado, cuando de pronto le soltaron y le dejaron solo.

El profesor entró. Todos los niños estaban de pie, con la mano derecha levantada a la altura de la sien, saludando en silencio y muy erguidos.



Paco, sin soltar su libro, su cuaderno y su lápiz, se había quedado parado en medio del salón, entre las primeras carpetas de los alumnos y el pupitre del profesor. Un remolino se le hacía la cabeza. Niños. Paredes amarillas. Grupos de niños. Vocerío. Silencio. Una trcalada de sillas. El profesor. Ahí, solo, parado, en el colegio. Quería llorar. El profesor le tomó de la mano y lo llevó a instalar en una de las carpetas delanteras, junto a un niño de su mismo tamaño. El profesor le preguntó:

—¿Cómo se llama usted?

Con voz temblorosa, Paco respondió muy bajito:

—Paco.

—¿Y su apellido? Diga usted todo su nombre.

—Paco Yunque.

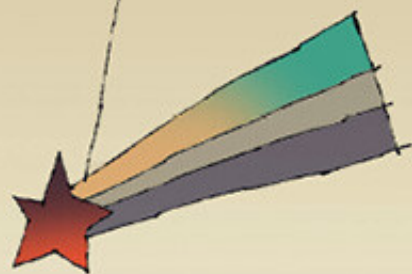
—Muy bien.



Altazor

Vicente Huidobro

Hay un espacio despoblado
Que es preciso poblar
De miradas con semillas abiertas
De voces bajadas de la eternidad
De juegos nocturnos y aerolitos de violín
De ruido de rebaños sin permiso
Escapados del cometa que iba a chocar
¿Conoces tú la fuente milagrosa
Que devuelve a la vida los naufragos de antaño?
¿Conoces tú la flor que se llama voz de monja
Que crece hacia abajo y se abre al fondo de la tierra?
¿Has visto al niño que cantaba
Sentado en una lágrima
El niño que cantaba al lado de un suspiro
O de un ladrido de perro inconsolable?
¿Has visto al arco-iris sin colores
Terriblemente envejecido
Que vuelve del tiempo de los faraones?



La Salvaje

Marcel Schwob

El padre de Bûchette solía llevarla al bosque al despuntar del alba, y la niña permanecía sentada muy cerca mientras él talaba los árboles. Bûchette veía cómo se hundía el hacha haciendo volar delgados trozos de corteza; a menudo, los musgos grises venían a arrastrarse sobre su rostro. "¡Cuidado!", gritaba el padre cuando el árbol se inclinaba produciendo un crujido que parecía subterráneo. Ella sentía cierta tristeza por el monstruo extendido en el claro del bosque, con sus ramas magulladas y sus ramitas heridas. Por la noche, un círculo rojizo de pilas de carbón se encendía en medio de la sombra. Bûchette sabía a qué hora había que abrir la cesta de juncos para ofrecer a su padre el cántaro de gres y el trozo de pan moreno. Él se tendía entre las ramitas desprendidas y masticaba con lentitud. Después, Bûchette sorbía su sopa. Corría en torno a los árboles marcados y, si su padre no la miraba, se escondía para gritar: "¡Uuu!".



La niña y la estrella

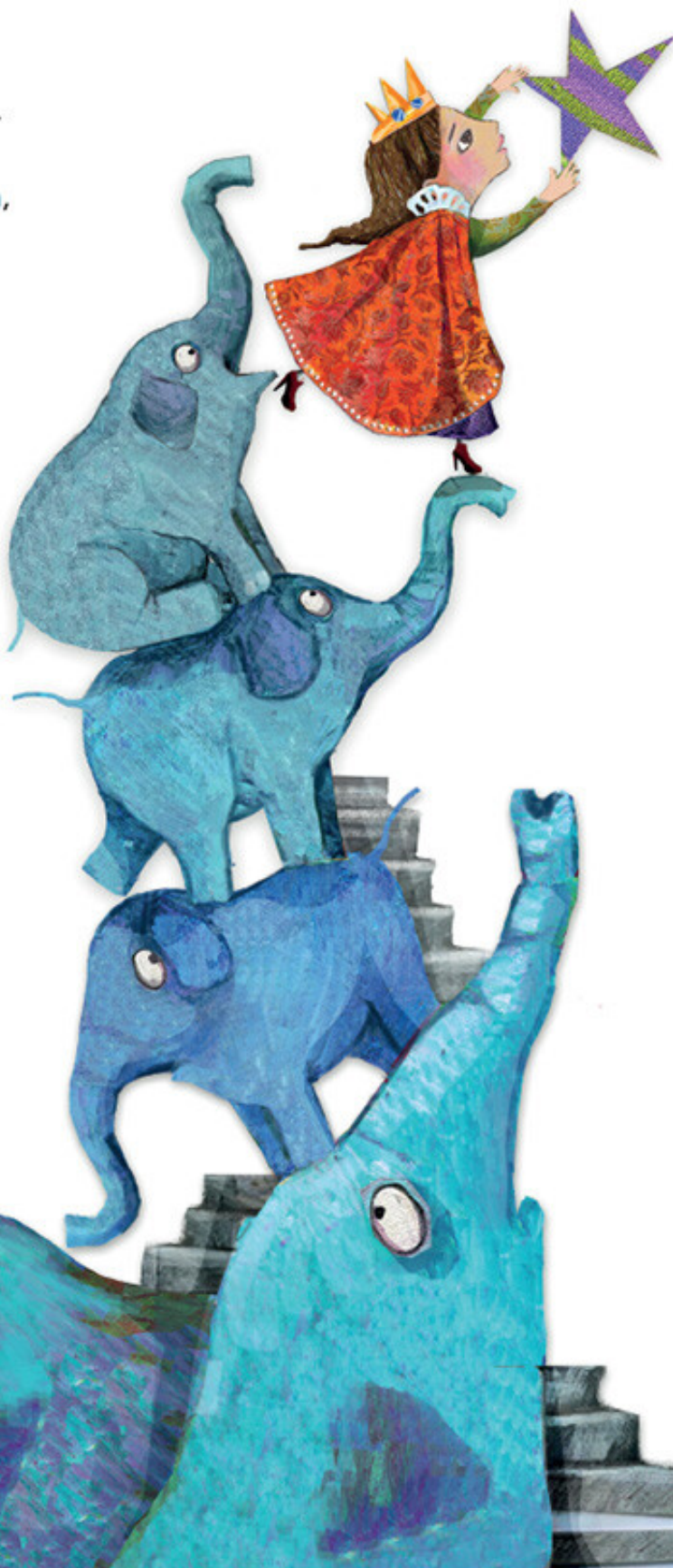
Rubén Darío

Este era un rey que tenía
un palacio de diamantes,
una tienda hecha del día
y un rebaño de elefantes.

Un quiosco de malaquita,
un gran manto de tisú,
y una gentil princesita,
tan bonita,
Margarita,
tan bonita como tú.

Una tarde la princesa
vio una estrella aparecer;
la princesa era traviesa
y la quiso ir a coger.

La quería para hacerla
decorar un prendedor,
con un verso y una perla,
una pluma y una flor.





Las princesas primorosas
se parecen mucho a ti.
Cortan lirios, cortan rosas,
cortan astros. Son así.

Pues se fue la niña bella,
bajo el cielo y sobre el mar,
a cortar la blanca estrella
que la hacía suspirar.

Y siguió camino arriba,
por la Luna y más allá;
mas lo malo es que ella iba
sin permiso del papá.



El español

Antonio Alatorre

Podrá haber necesidades de traducción entre la Guadalajara de México y la Guadalajara de España, o entre Santiago de Chile (donde *guagua* es 'niño pequeño') y Santiago de Cuba (donde *guagua* es 'autobús'), pero serán necesidades episódicas, que ni duran mucho ni son frecuentes. Basta un poco de cordialidad entre los interlocutores para que las diferencias de habla entre países (o entre regiones de un país, o entre estratos socioculturales de una ciudad) sean más estímulo que estorbo para el diálogo. Pueden estallar entonces las chispas del humor.



Así surgen los cuentos, como el del turista español que ve el letrero “Tacos y Tortas” en los restaurantes populares de México y deduce que allí se reparten palabrotas y bofetadas, o el del refugiado que acaba de desembarcar en Veracruz y está en el malecón, con sus cosas, y alguien le grita: “Aguzado, joven, que no le vuelen el veliz” (o sea: ‘Cuidado, que no le roben la maleta’), y él piensa: “Dios mío, yo pensaba que en México se hablaba español; lo único que he entendido es *joven*”.




El perro y un pedazo de carne

Anónimo

Un perro carnicero estaba pasando un río,
llevando en la boca un pedazo de carne;
con el reflejo del agua parecía que llevaba dos pedazos,
y queriendo agarrar los dos, perdió el que llevaba.

Por la sombra mentirosa y su pensamiento vano,
la carne que tenía perdióla el **alano**;
no tuvo lo que quería por su codicia insana,
pensando ganar, perdió lo que tenía en la mano.





Cada día acontece algo semejante al codicioso,
piensa ganar contigo y pierde su caudal;
de esta mala raíz nace todo mal;
es la codicia insana un pecado mortal.

Lo más y lo mejor, lo que es máspreciado,
en cuanto lo tenga el hombre seguro y ganado,
no debe dejarlo por vanos pensamientos:
el que deja lo que tiene, mala ganancia hace.

Un viaje en tren

Martín Luis Guzmán

Mis amigos vinieron a buscarme poco antes del mediodía, y en grupo me acompañaron a la estación.

Cuando llegamos, ya el tren estaba allí: polvoriento, estrafalario, muy de Revolución mexicana —con furgones y coches de los más diversos tipos y con marcadísima traza, por eso pintoresca, de cosa que se viene abajo—. Tenía aquel tren, además, como si íntegro le pesara encima —bastaba una mirada para advertirlo—, todo el cansancio de su larga carrera desde los alrededores de Guaymas, de donde acababa de llegar, y revelaba a leguas la resignación dolorosa con que se disponía a echarse al camino otra vez, sólo que ahora en viaje de regreso.

Porque era costumbre entonces, en el servicio ferroviario entre Sinaloa y Sonora, que el tren que llegaba a Culiacán procedente de Cruz de Piedra (de Culiacán a Mazatlán el tráfico se hallaba suspendido) fuera el mismo que salía, inmediatamente, en sentido contrario. Así, por un simple cambio de colocación de la locomotora, el tren del norte se convertía en el acto en tren del sur, y de ese modo se evitaban algunas de las muchas deficiencias debidas a lo escaso del material rodante.



En la estación mi despedida fue larga, porque esta vez, como siempre, el tren se mantuvo fiel a sus peculiaridades y tardó más de una hora en ponerse en movimiento.

Al fin tocó la esquila de la máquina y yo salté al estribo de uno de los coches. El rodar del tren era tan lento, que mis amigos, durante varios minutos, siguieron hablándome mientras caminaban al paso: el grupo de los uniformes, coronado de sombreros claros, se desplazaba tranquilo y compacto, entre la masa pululante, al hilo de la vía. Luego el andar del tren se aceleró: las altas figuras de Alessio y Róbinson, con cuanto las rodeaba, fueron rezagándose; las formas de la estación se achaparraron; el panorama de Culiacán empezó a girar en torno a su centro, se **escorzó**, se encogió como si desde el fondo del horizonte tiraran de él cordones implacables. En seguida se interpuso una altura. Después una curva inclinó y desvió el vagón e hizo que el paisaje se levantara hacia el cielo, como la superficie del mar cuando el barco se balancea; y, por último, el paisaje se fundió en otro, fue otro.



Vagabundo

Remedios Varo

Este cuadro es a mi juicio uno de los mejores que he pintado. Es un modelo de traje de vagabundo, pero se trata de un vagabundo no liberado, es un traje muy práctico y cómodo, como locomoción tiene tracción delantera, si levanta el bastón, se detiene; el traje se puede cerrar herméticamente por la noche, tiene una puertecilla que se puede cerrar con llave, algunas partes del traje son de madera, pero como digo, el hombre no está liberado: en un lado del traje hay un **recoveco** que equivale a la sala, allí hay un retrato colgado y tres libros, en el pecho lleva una maceta donde cultiva una rosa, planta más fina y delicada que las que encuentra por esos bosques, pero necesita el retrato, la rosa (añoranza de un jardincito de una casa) y su gato; no es verdaderamente libre.





Cómo llamar a un gato

T. S. Eliot

Ponerle nombre a un gato es harto complicado, desde luego no es juego para los muy simplones. Pueden pensar ustedes que estoy algo chiflado cuando digo que al menos ha de tener tres nombres. Lo primero es el nombre que le damos a diario; como Pedro, Alonso, Augusto o Don Bigote; como Víctor o Jorge o el simpático Paco. Todos ellos son nombres bastante razonables. Los hay más bonitos y que suenan mejor para las damas y los caballeros, como Admetus, Electra, Démeter, o Platón, pero todos son nombres demasiado discretos.



Y un gato ha de tener uno más especial,
que sea peculiar, algo más digno.
¿Cómo, si no, va a alzar su rabo vertical
o atusar sus bigotes y mantenerse altivo?
De nombres de este tipo os puedo dar un **quórum**
como son Mankostrop, Quoricopat o Quaxo,
también Bamboliurina o, si no, Yellylorum,
son nombres que jamás compartirán dos gatos.
Pero a pesar de todo, nos queda un nombre más,
y ése es el que tú nunca podrás adivinar,
el nombre que los hombres jamás encontrarán.
Que SÓLO EL GATO LO SABE y no confesará.
Si un gato ves en meditación,
el motivo nunca te asombre.



Moby Dick

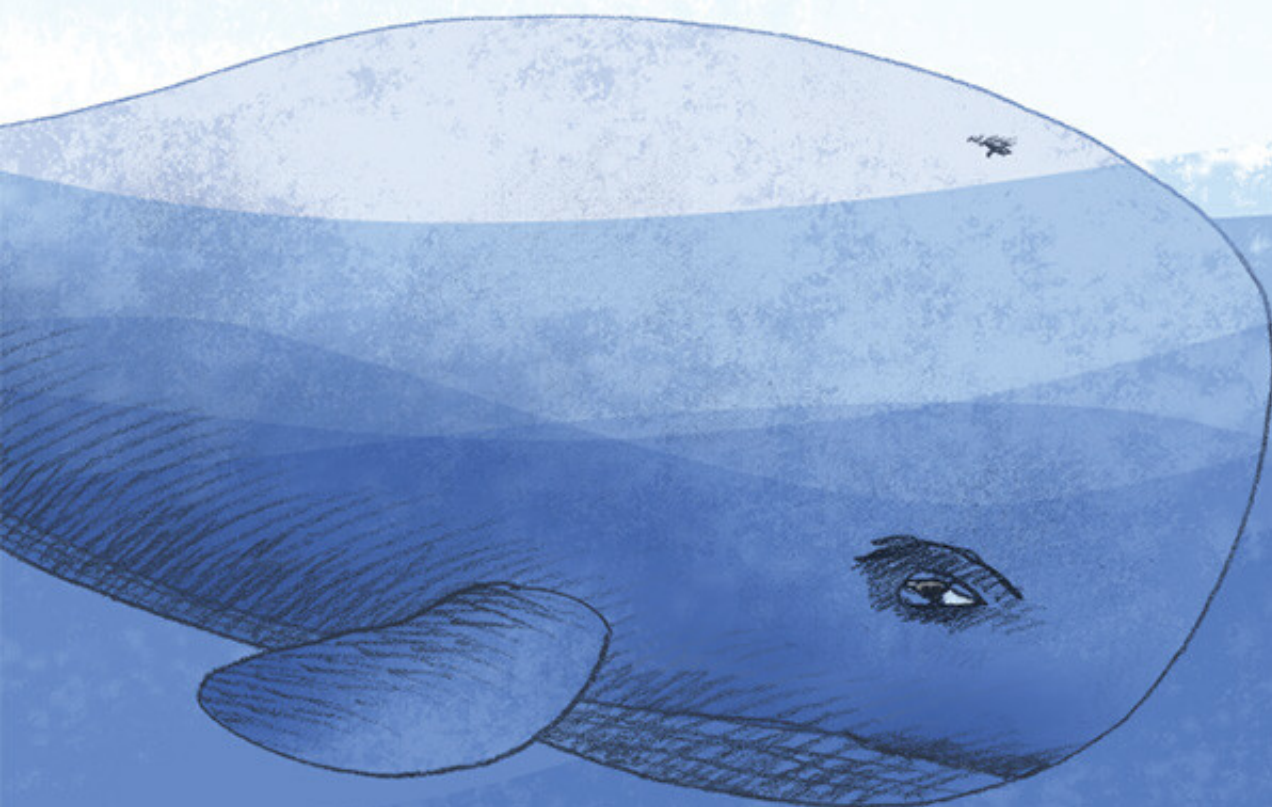
Herman Melville

Yo, Ismael, era uno de esa tripulación; mis gritos se habían elevado con los de los demás, mi juramento se había fundido con los suyos, y gritaba más fuerte y remachacaba y martilleaba mi juramento aún más fuerte a causa del terror que había en mi alma. Había en mí un loco sentimiento místico de compenetración: el inextinguible agravio de Ahab parecía mío. Con ávidos oídos supe la historia de aquel monstruo asesino contra el cual habíamos prestado, yo y todos los demás, nuestros juramentos de violencia y venganza.

Desde hacía algún tiempo, aunque sólo a intervalos, aquella ballena blanca, solitaria y sin compañía, había sembrado el terror por esos mares sin civilizar, frecuentados sobre todo por los cazadores de cachalotes.



Pero no todos aquellos sabían de su existencia; sólo unos pocos de ellos, en comparación, la habían visto conscientemente, mientras que era muy pequeño el número de los que hasta ahora le habían dado batalla realmente y a sabiendas. Pues, debido al gran número de buques balleneros, y al modo irregular como estaban dispersos por el entero círculo de las aguas, algunos de ellos extendiendo valientemente su búsqueda por latitudes solitarias, de tal manera que en un año entero o más no encontraban apenas un barco de cualquier clase que les contara noticias; debido a la desmesurada duración de cada viaje, por su parte, y debido a la irregularidad de las líneas que procedían del puerto de salida; debido a todas estas circunstancias, y otras más, directas o indirectas, se había retardado durante mucho tiempo la difusión, a través de la flota ballenera dispersa por el mundo entero, de las noticias especiales e individuales respecto a Moby Dick.



Desde esta luz

Coral Bracho

Una puerta, una silla,
el mar.
La blancura profunda,
desfasada
del muro. Las líneas breves
que lo centran.
Deja el tamarindo un fulgor
entre la noche espesa.



La llovizna de abril

Enriqueta Ochoa

La llovizna de abril
desprendió el sueño lila
que florecía en la luz de las jacarandas
y ardió toda la tarde
sobre el rostro gris de la calle
como una tierna flama.



La opinión de los demás

Amado Nervo

Iban por un camino un viejo y un muchacho arreando un burro.

Como el animal no llevaba carga, alguien dijo:

—¡Habrase visto gente más tonta! Va el burro de vacío y ni al muchacho y ni al viejo se les ocurre montarlo, prefiriendo cansarse en el camino... Cuando esto oyó el viejo, dijo al muchacho:

—¡Mira, subamos ambos en el asnillo, dice bien ese amigo!

Y así lo hicieron; mas al pasar por una venta, unos arrieros que ahí estaban exclamaron:

—¡Qué gente tan cruel! ¡Cómo quieren que el pobre burro aguante a los dos en tan largo camino!

No bien llegaron estas palabras a oídos del viejo, cuando se expresó así:

—Mira, muchacho, me bajo del asnillo y sigue tú en él, tienen razón esas gentes —y como lo dijo lo hizo.



A poco andar, toparon con unos carboneros que, al verlos, murmuraron:

—¡Muchacho holgazán!, deja al pobre viejo a pie y él, que está fuerte, cabalga a sus anchas para no cansarse...

—**Apéate** del asnillo —dijo el anciano apenas se hizo cargo de lo anterior—, yo cabalgaré un rato; tienen razón esas gentes.

Apeose del burro el muchacho y subió el viejo, mas he aquí que unos **buhoneros** que se cruzaron con ellos en el camino, prorrumpieron en injurias contra el viejo diciendo:

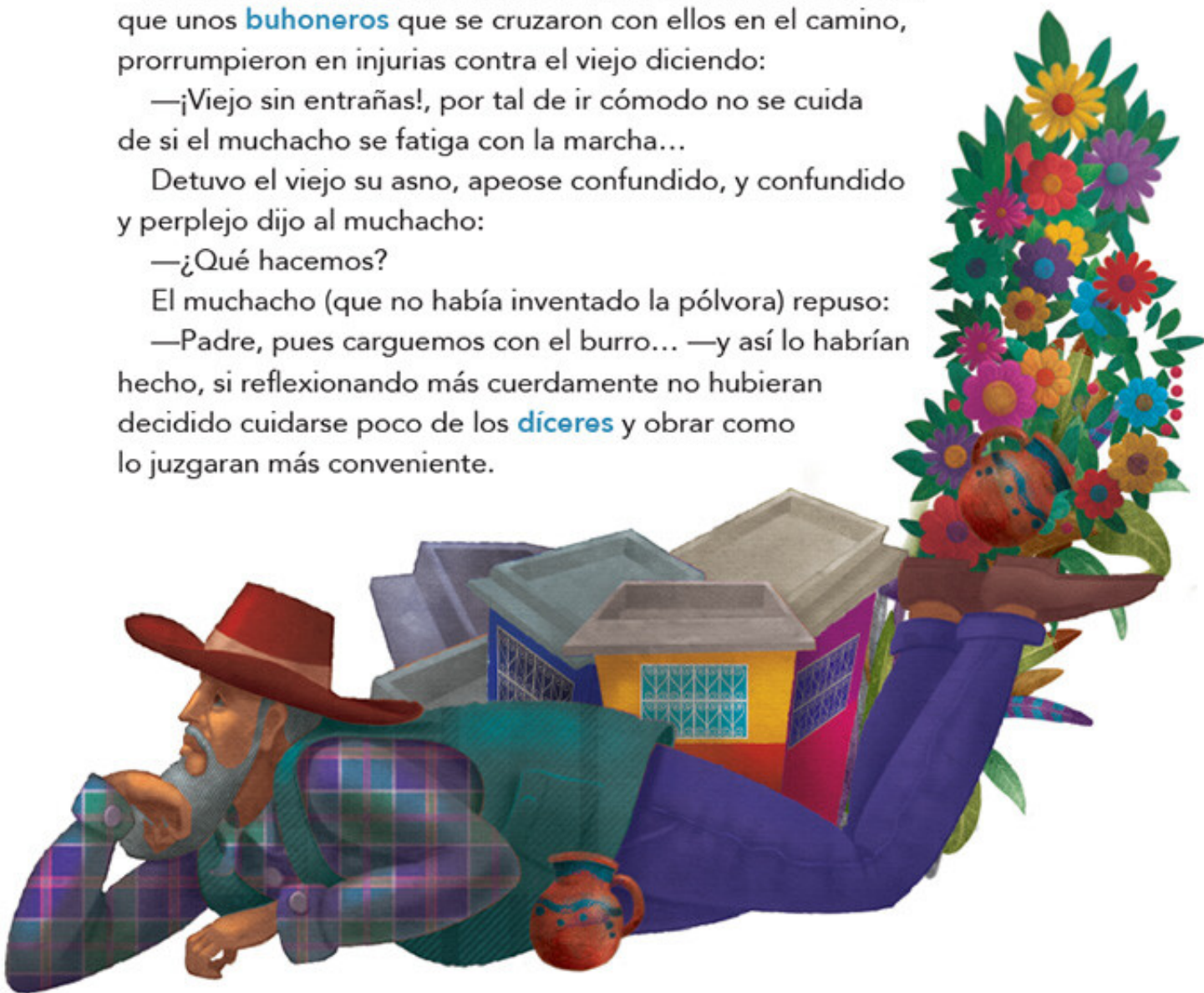
—¡Viejo sin entrañas!, por tal de ir cómodo no se cuida de si el muchacho se fatiga con la marcha...

Detuvo el viejo su asno, apeose confundido, y confundido y perplejo dijo al muchacho:

—¿Qué hacemos?

El muchacho (que no había inventado la pólvora) repuso:

—Padre, pues carguemos con el burro... —y así lo habrían hecho, si reflexionando más cuerdamente no hubieran decidido cuidarse poco de los **díceres** y obrar como lo juzgaran más conveniente.



La infancia de Cuauhtémoc

Salvador Toscano

A los seis años, la edad en que Cuauhtémoc perdió a su padre, la alimentación del niño se reducía a una tortilla y media de maíz, régimen sobrio que sólo se habría de cambiar a los trece años; en señal de humildad el niño debía acudir al *tianguis* o mercado, en este caso al espléndido mercado de su propio señorío, Tlatelolco, a recoger los granos de maíz y frijol que los comerciantes dejaban derramados en el suelo, y a esa edad debió Cuauhtémoc formar su primer recuerdo de aquel vasto patio circundado de columnas en las que junto a las olorosas rosas figuraban las legumbres y granos del país, la policromada loza de Cholula, el cristal de roca mixteco de los hechiceros (*íztac tehuílotl*), las pieles de las selvas surianas, las ricas plumas de los quetzales centroamericanos.



Cuauhtémoc, entretanto, había llegado a la adolescencia. El joven niño habría ahora de intentar el conducir sus propios destinos, pues entre los trece y catorce años deberían los adolescentes internarse en los cercanos y solitarios bosques para traer leña y carrizos para el servicio de la casa, a remar lago adentro en las canoas para pescar *juiles*, huevas, pescados blancos y truchas de la laguna. Y solo ya, sin la severa y vigilante mirada del padre, el mozo debería recorrer las serranías y lagos del valle de México para cumplir su diaria tarea. Y también fue así como Cuauhtémoc debió por primera vez saber la belleza de su patria.



Yo escucho los cantos

Antonio Machado

Yo escucho los cantos
de viejas cadencias,
que los niños cantan
cuando en coro juegan
y vierten en coro
sus almas que sueñan,
cual vierten sus aguas
las fuentes de piedra:
con monotonías
de risas eternas,
que no son alegres,
con lágrimas viejas,
que no son amargas
y dicen tristezas,
tristezas de amores
de antiguas leyendas.

En los labios niños,
las canciones llevan
confusa la historia
y clara la pena;
como clara el agua
lleva su conseja
de viejos amores,
que nunca se cuentan.

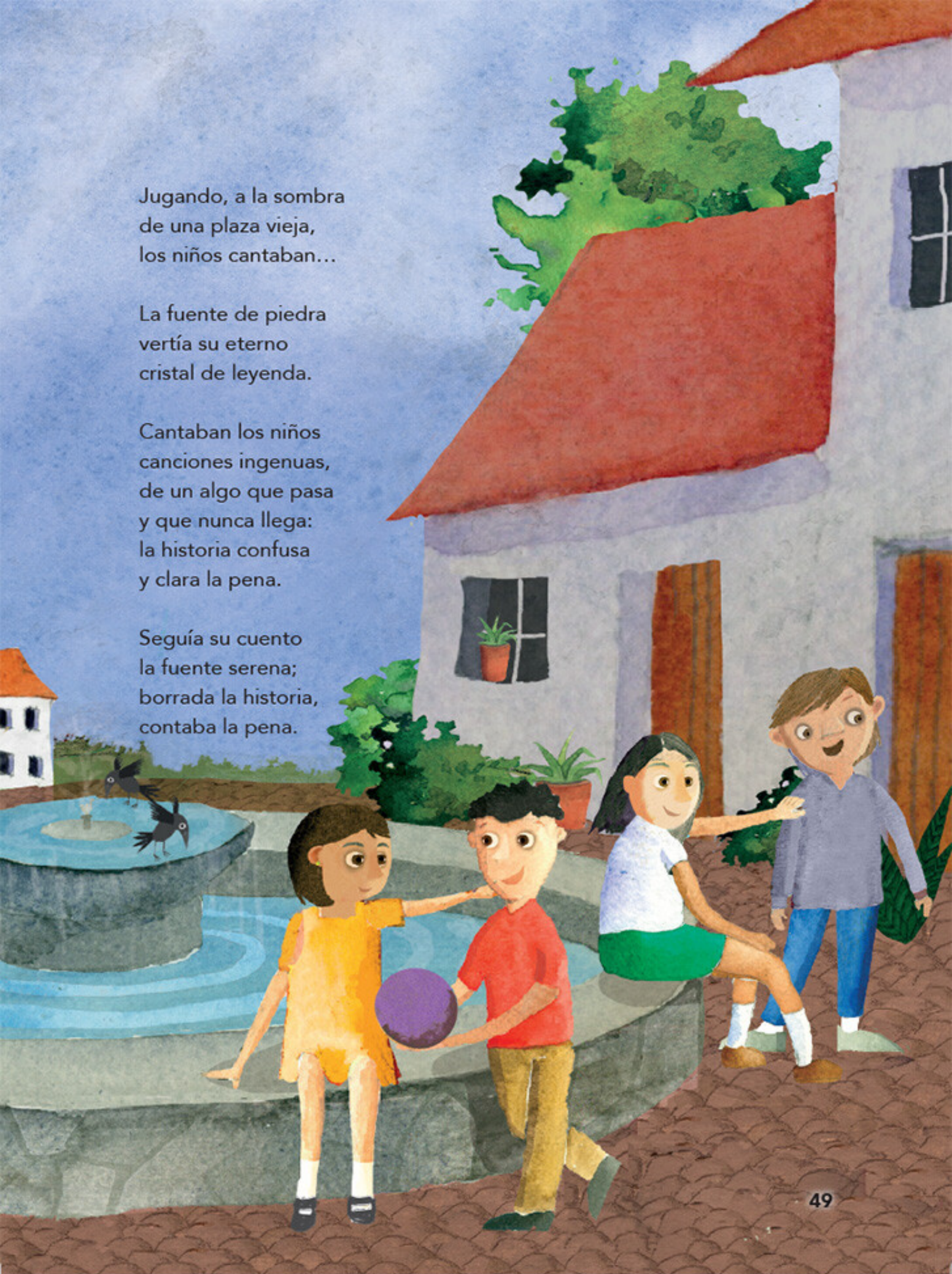


Jugando, a la sombra
de una plaza vieja,
los niños cantaban...

La fuente de piedra
vertía su eterno
cristal de leyenda.

Cantaban los niños
canciones ingenuas,
de un algo que pasa
y que nunca llega:
la historia confusa
y clara la pena.

Seguía su cuento
la fuente serena;
borrada la historia,
contaba la pena.



Una familia de árboles

Jules Renard

Después de atravesar una planicie calcinada por el sol, los encuentro.

A causa del ruido no permanecen al borde de la carretera. Habitan los campos sin cultivo, cerca de una fuente que sólo los pájaros conocen.

De lejos parecen impenetrables. Sus troncos se apartan cuando me acerco. Los árboles me acogen con prudencia. Puedo reposar y refrescarme pero adivino que ellos me observan desconfiados.

Viven en familia sin separarse nunca, los más viejos en medio, los pequeños, cuyas primeras hojas acaban de nacer, un poco por dondequiera, sin jamás apartarse.



Tardan mucho en morir y conservan de pie a sus muertos hasta que se derrumban pulverizados.

Se acarician con sus largas ramas para cerciorarse de que todos están allí, como los ciegos.

Gesticulan coléricos si el viento se obstina en desarraigarlos. Pero entre ellos no hay ninguna disputa. Sus únicos murmullos son de asentimiento.

Creo que ellos deben convertirse en mi auténtica familia. Pronto me olvidaré de la otra. Estos árboles me adoptarán poco a poco y, para merecerlo, aprendo lo que hace falta saber:

Ya sé mirar las nubes que pasan.

También sé quedarme quieto.

Y ya casi he aprendido a estar callado.



Tsaá chaakú iniyu

Celerina Patricia Sánchez Santiago

Tsaá chaakú iniyu
niki'ín ichi
ñaa snaaá nikánchi
ra tsíka ñuú nuú yivi yo'ó
ra vichi ingáyu nuú ñuu to'o
tono nivi nda'avi
ra tsíní yu nchíí kuú ichí ñáá nuú vatsí
ri vaasa sana inio ñáá nuú vatsí
ri vaasa sana inio ñáá tsaán
cha san ndachikogo nuú ñáá.



Apenas entendí

Celerina Patricia Sánchez Santiago

Apenas entendí
tomé el camino
que me enseñó el sol
troté en el mundo
ahora soy migrante
como mucha gente
pero sé cuál es mi camino
eso nunca se olvida
siempre se regresa al origen.

(Poema bilingüe mixteco-español)



Árbol

Federico García Lorca

Árbol,
la *e* te da las hojas.
Luna,
la *u* te da el color.
Amor,
la *e* me te da los besos.



Palíndromos

ECO DA ECO DE DOCE A DOCE

Pedro Poitevin



ANA LLEVA AVELLANA

Óscar René Cruz O.



ALOCARÁ CARACOLA

Gilberto Prado Galán



La Luna

Fray Bernardino de Sahagún

Cuando la Luna, nuevamente, nace, se asemeja a un arquito de alambre delgado. Aunque resplandece, va creciendo poco a poco. A los quince días es llena, y cuando ya está llena, sale por el oriente durante la puesta del Sol; parece una rueda de molino, grande, muy redonda y muy colorada, y cuando va subiendo parece blanca o resplandeciente, y en medio de ella aparece como un conejo. Si no hay nubes, resplandece casi como el Sol, casi como de día. Después de estar llena por completo, poco a poco, va menguando, hasta que vuelve a ser como cuando comenzó.



Dicen entonces que se muere la Luna, que duerme mucho. Esto es cuando llega el alba, y al momento de interponerse entre la Tierra y el Sol, es cuando dicen que ya está muerta la Luna.

La fábula del conejo que está dentro de la Luna es ésta: los dioses se burlaron de ella y le arrojaron un conejo a la cara, y le quedó el conejo marcado, y con esto le oscurecieron la cara como si fuera un moretón. Después de esto sale para alumbrar al mundo.



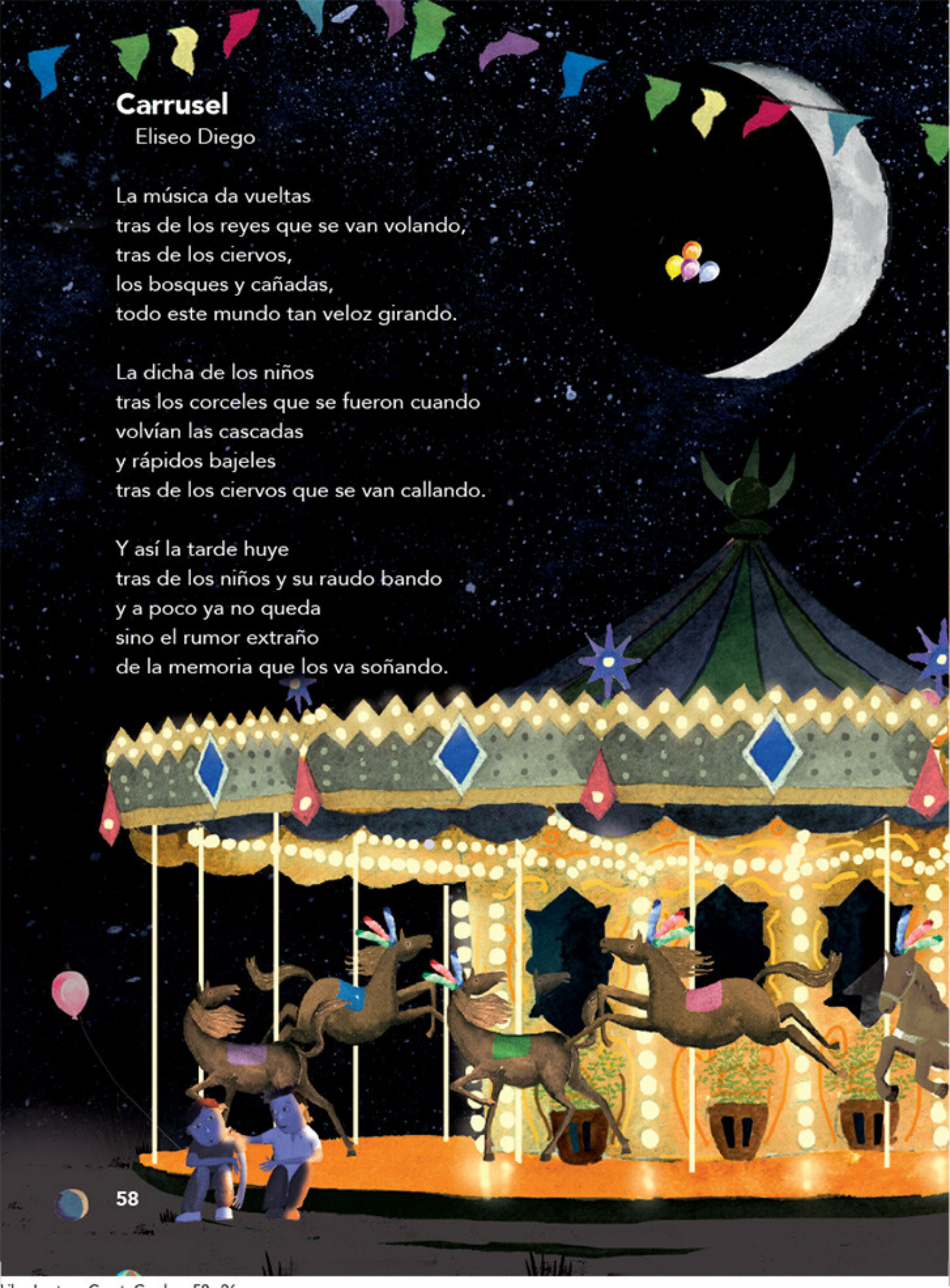
Carrusel

Eliseo Diego

La música da vueltas
tras de los reyes que se van volando,
tras de los ciervos,
los bosques y cañadas,
todo este mundo tan veloz girando.

La dicha de los niños
tras los corceles que se fueron cuando
volvían las cascadas
y rápidos bajeles
tras de los ciervos que se van callando.

Y así la tarde huye
tras de los niños y su raudó bando
y a poco ya no queda
sino el rumor extraño
de la memoria que los va soñando.



Pera verde

Elías Nandino

Pera que espera en la rama
la mano que la desate,
fruta que juega al sabor
entre los labios del aire.

Pera que mece su forma
en el columpio del tallo,
fruta que prende su olor
en los cabellos del árbol.



Orfeo y Eurídice

Anónimo

El joven Orfeo solía entonar espléndidos cantos acompañado de su lira. Su música era tan hermosa que las fieras del bosque se acercaban a lamerle los pies; incluso las turbulentas aguas de los ríos se desviaban de su cauce para poder escuchar aquella música maravillosa.

Cierto día, Orfeo se encontraba en el corazón del bosque tocando su lira, cuando, de pronto, descubrió entre las ramas de un lejano arbusto a una joven ninfa que, oculta, lo escuchaba embelesada. Orfeo dejó su lira y se detuvo a contemplar a aquel ser, cuya hermosura y discreción no tenían igual. La joven ninfa, llamada Eurídice, se acercó a Orfeo y se sentó junto a él. Entonces, éste compuso para ella la más bella canción de amor.

Días después, se celebraron, en aquel mismo lugar, las bodas entre Orfeo y Eurídice.



A ella le encantaba salir a caminar por los verdes prados de Tracia. Así, una mañana durante uno de sus paseos, la mordió una serpiente, que le causó al instante la muerte. Al enterarse de lo sucedido, Orfeo cayó en un profundo desconsuelo.

Lleno de dolor, decidió descender a las profundidades del Hades, la tierra de los muertos, para ir en busca de su amada.

Con su dulce canto y su poesía, Orfeo conmovió a Caronte, el barquero, quien lo dejó atravesar el río Estigia, el límite entre el mundo de los vivos y los muertos. Empleando de nuevo sus habilidades artísticas, el joven persuadió a Perséfone y a Hades para que le permitieran llevarse a Eurídice de vuelta a la tierra de los vivos.



Las divinidades aceptaron que se llevara a la hermosa ninfa, pero le hicieron prometer que no intentaría verla hasta que hubieran abandonado el mundo de los muertos. De este modo, ambos emprendieron el camino de vuelta: Orfeo por delante, rumbo a la luz, y Eurídice a sus espaldas, siguiéndolo.

Pero al cruzar el último umbral del Hades, temeroso de que Perséfone lo hubiera engañado, Orfeo volvió la mirada para comprobar que Eurídice lo seguía. Y sin más, su amada fue arrastrada de nuevo hacia las oscuras profundidades.

Desesperado, Orfeo intentó regresar por ella, pero esta vez Caronte no se lo permitió.



El aeroplano

Bernardo Ortiz de Montellano

Para que las nubes no le desconozcan, permitiéndole andar entre ellas, fue vestido de pájaro. Para que pudiera volar, en giros elegantes y atrevidos, le dieron forma de caballito del diablo. Para que supiéramos que trabaja y es inteligente, le colocaron en el abdomen una máquina y en la cabeza una hélice que zumba como abeja sin panal.

Manchado de azul y desgranando la rubia mazorca del día va el aeroplano, sujeto a la mano del piloto y a la voluntad de las cataratas del viento, dibujando el paisaje —magueyes, torres de iglesia, indios cargados como hormigas— en su cuaderno de notas cuadriculado.



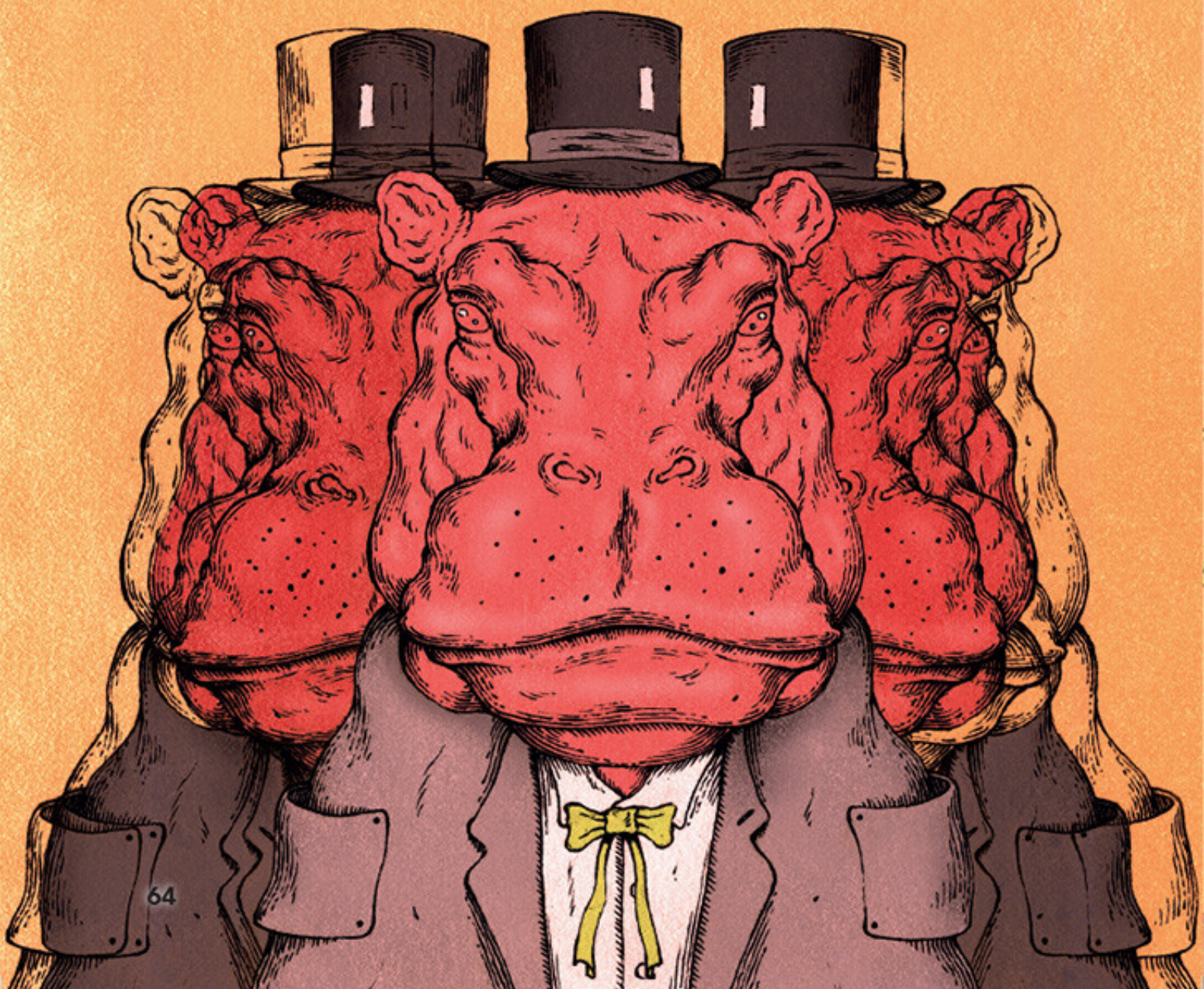
Hipopótamos enanos

Juan Pablo Villalobos

Los hipopótamos enanos de Liberia no son como los otros hipopótamos, que gustan de vivir sumergidos en el agua.

John Kennedy Johnson dice que los hipopótamos enanos de Liberia están al borde de la extinción.

Lo bueno es que cuando estás al borde de la extinción todavía no se mueren todos, nomás la mayoría. Pero son pocos los hipopótamos enanos de Liberia que quedan vivos, mil o máximo dos mil. Además hay otro problema: viven escondidos en los bosques. Y para acabarla no viven en manadas, sino que son solitarios y andan de dos en dos o de tres en tres.



Lo que pasa es que es más fácil encontrar a los hipopótamos enanos de Liberia en la noche, cuando salen de sus escondites para buscar comida.

Hoy por fin descubrimos a los hipopótamos enanos de Liberia. Los hipopótamos enanos de Liberia eran dos y tenían las orejas tal y como me las imaginaba: minúsculas como las balas de una pistola pequeña. Cuando los vimos estaban metidos en un pantano de lodo comiendo las hierbas malas. Eran animales tan buenos para ver como si fueran los hijos de un puerco y una morsa. O de un puerco y un manatí.



Diccionario poético 1

Diccionario: Bola de cristal o lupa metalúrgica, linterna o microscopio de cometas, mapa con desfiladeros al pie de la letra, alfabético sol de albas crepusculares, vocablos con los órganos expuestos, insomnes con su hilera de durmientes, monumento a la lengua más querida o palma de la mano consultada en una isla desierta.

Francisco Hernández

Inmortal: Lo que muere tiene poco tiempo para volverse eterno.

Marco Antonio Montes de Oca



Canto florido

Anónimo

Sólo por poco tiempo alegraos con nuestros cantos,
con nuestros cantos alegraos amigos nuestros.

Tú bien tomas tu precioso **atabal**.

Esparces los cantos,
los difundes.

Se marchitan las flores.

Nuevo es nuestro canto,
lo elevamos aquí.

También nuestras flores son nuevas,
en nuestras manos vendrán a estar.

Que con ellas haya alegría,
vosotros, amigos nuestros,
que con ellas se disipe nuestra amargura,
nuestra tristeza.

Que nadie esté triste,
que nadie lo rememore en la tierra.

He aquí nuestras flores
y nuestros bellos cantos.

Con ellos haya alegría.



Los trompos y su espiral

Sor Juana Inés de la Cruz

Estaban ante mí dos niñas jugando con un trompo, y apenas vi el movimiento y la figura, empecé, con esta locura, a considerar el fácil giro de la forma esférica, y cómo duraba el impulso impreso, independiente de su causa, pues lejana la mano de la niña, que era la causa del movimiento, bailaba el trompo.

Y no contenta con esto, hice traer harina y la esparcí para que, bailando el trompo encima, se conociese si eran círculos perfectos o no los que describía con su movimiento; y hallé que no eran sino unas líneas espirales que iban perdiendo lo circular en cuanto se iba terminando el impulso.



La formación del mundo

Anónimo

El mundo, tal como ahora lo conocemos, ha pasado por cuatro etapas previas. En el principio, antes de que hubiera luz, antes, mucho antes de que el Sol caminara, Nuestra Madre, la Tierra, gemía de dolor, aplastada por el cielo, por el peso del Ilhuica Atl, el agua divina. Tonacatecuhtli y Tonacacihuatl, los Señores de Nuestra Carne, los que nos dan el maíz, habitaban la noche y el vacío; eran fuego y tiniebla, agua y luz. Allá, adentro, estaba el dios viejo, el fuego, Huehuetéotl. Estos señores tuvieron cuatro parejas de hijos que no podían ver la luz ni respirar porque el cielo y la Tierra estaban abrazados. Cada pareja se hallaba en uno de los cuatro espacios de la superficie terrestre, Tlaltícpac. El cielo, el agua divina, rodeaba por entero a la Tierra.





Así que la pareja que estaba hacia la mano derecha, Tezcatlipoca, el Viento de la Noche, y su mujer, intentaron levantar el cielo pero éste cayó, produjo terremotos y los **macehuales** se convirtieron en tigres. Este primer Sol se llamó Ocelotonatiuh, Sol de Tigre. Luego, Tláloc y su mujer, Chalchihuitlicue, que viven donde el Sol descansa, intentaron separar a sus padres. Tampoco les fue posible: el cielo cayó de nuevo sobre la Tierra, llovió fuego y los macehuales se volvieron monos. Este segundo Sol recibió el nombre de Quiyatonatiuh, Sol de Fuego.

Después, Huitzilopochtli quiso separar a sus padres y no pudo; el cielo se derrumbó y el agua divina cayó sobre la Tierra y la mató; hubo mucho aire, muchos remolinos y los hombres se volvieron pájaros y guajolotes. El tercer Sol se llamó Ehecatonatiuh, Sol de Viento. Por último, los dioses que viven en el rumbo por donde nace el Sol, Quetzalcóatl y su mujer, quisieron levantar el cielo, pero sus fuerzas no fueron suficientes; toda el agua del cielo cayó sobre la Tierra y los hombres se hicieron peces. El cuarto Sol fue llamado Atonatiuh, Sol de Agua.





Entonces los cuatros dioses y sus mujeres decidieron entrar por el centro del agua y levantaron el cielo como ahora está. Y para que no caiga de nuevo, elevaron dos pirámides en el centro de Tenochtitlan, en el mero centro del mundo, la pirámide de Tláloc a la mano derecha y la pirámide de Huitzilopochtli a la mano izquierda, y colocaron cuatro árboles enormes en las cuatro porciones de la Tierra. Cada pareja de dioses ocupó el lugar que le había sido asignado: Tláloc se quedó quieto, lo mismo que Tezcatlipoca, el Viento de la Noche, el Pedernal Nocturno; también ocuparon sus lugares Huitzilopochtli y Quetzalcóatl. Sin embargo, aun cuando el Cielo y la Tierra habían sido separados por la fuerza de los cuatro dioses y sus mujeres, o sea, por la potencia del Viento del Día y por la fuerza del Viento de la Noche, el Sol no había podido caminar. Los hijos del Cielo y de la Tierra habían vivido en la oscuridad, sin poder respirar. Era necesario que se le abriera un camino al Sol.



Fue así como arrancaron al dios arrugado, Huehuetéotl, el dios viejo, del vientre de Coatlicue, la Tierra, y lo arrojaron al fuego. En ese fuego se arrojó el valiente colibrí y se elevó hasta el cielo, pero se negó a caminar porque tenía hambre. Del seno de la Tierra también nacieron la Luna y sus hermanos, los astros, los Innumerables del Sur. El mundo es un ser vivo, hay que darle alimento. Durante el día, los astros duermen. Durante la noche, el Sol atraviesa ríos y huracanes, se hunde en el agua que sostiene a la Tierra; hay que alimentarlo para que salga de las fauces de Cipactli, el gran Caimán que es la Tierra. Al nacer, por la mañana, Huitzilopochtli está armado con todas sus flechas de luz: mata a sus hermanos, los astros, y degüella a su hermana, la Luna. Por la tarde, sus hermanos lo hacen huir al vientre de su madre, Coatlicue. Se trata de muertes simbólicas que ocurren todos los días, igual como sucedió en el momento en que Huitzilopochtli, el Sol, el Colibrí de la mano izquierda, en el tiempo mítico original, nació del seno de su madre, la Tierra. Es así como los dioses del viento abrieron un espacio para que el Sol pudiera caminar. De esa manera, el maíz y el frijol tuvieron aire que respirar y salieron de la tierra para darnos alimento.



Falsa domesticación

Clarice Lispector

¿Qué es el caballo? Es la libertad tan indomable que se torna inútil aprisionarlo para que sirva al hombre: se deja domesticar, pero con unos simples movimientos de sacudida rebelde de cabeza —agitando las crines como una cabellera suelta— demuestra que su íntima naturaleza es siempre bravía y límpida y libre.



En Hornos

Fernando del Paso

Cuando yo era un niño,
en la playa de Hornos,
en Acapulco,
jugaba yo a las maromas
con los aromas del mar.
Olorosas a yodo y a salmueras,
las olas me revolcaban,
y yo mordía la arena,
y la boca

se me llenaba de qué otra cosa
podía ser,
sino de pura arena.

Después, la vida o no sé qué,
me ha revolcado de lo lindo,
y el alma,
qué otra cosa podía ser, sino el alma,
se me ha llenado de piedras,
y de una espuma olorosa
¿a qué otra cosa podía ser,
sino a la boca de la muerte?



Axolotl

Julio Cortázar

Me había bastado detenerme aquella primera mañana ante el cristal donde unas burbujas corrían en el agua. Los axolotl se amontonaban en el mezquino y angosto (sólo yo puedo saber cuán angosto y mezquino) piso de piedra y musgo del acuario. Había nueve ejemplares, y la mayoría apoyaba la cabeza contra el cristal, mirando con sus ojos de oro a los que se acercaban. Turbado, casi avergonzado, sentí como una impudicia asomarme a esas figuras silenciosas e inmóviles aglomeradas en el fondo del acuario. Aislé mentalmente una, situada a la derecha y algo separada de las otras, para estudiarla mejor.



Vi un cuerpecito rosado y como translúcido (pensé en las estatuillas chinas de cristal lechoso), semejante a un pequeño lagarto de quince centímetros, terminado en una cola de pez de una delicadeza extraordinaria, la parte más sensible de nuestro cuerpo. Por el lomo le corría una aleta transparente que se fusionaba con la cola, pero lo que me obsesionó fueron las patas, de una finura sutilísima, acabadas en menudos dedos, en uñas minuciosamente humanas. Y entonces descubrí sus ojos, su cara. Un rostro inexpresivo, sin otro rasgo que los ojos, dos orificios como cabezas de alfiler, enteramente de un oro transparente, carentes de toda vida pero mirando, dejándose penetrar por mi mirada que parecía pasar a través del punto áureo y perderse en un **diáfano** misterio interior.



Un delgadísimo halo negro rodeaba el ojo y lo inscribía en la carne rosa, en la piedra rosa de la cabeza vagamente triangular pero con lados curvos e irregulares, que le daban una total semejanza con una estatuilla corroída por el tiempo. La boca estaba disimulada por el plano triangular de la cara, sólo de perfil se adivinaba su tamaño considerable; de frente una fina hendedura rasgaba apenas la piedra sin vida. A ambos lados de la cabeza, donde hubieran debido estar las orejas, le crecían tres ramitas rojas como de coral, una excrecencia vegetal, las branquias, supongo. Y era lo único vivo en él, cada diez o quince segundos las ramitas se enderezaban rígidamente y volvían a bajarse. A veces una pata se movía apenas, yo veía los diminutos dedos posándose con suavidad en el musgo.



Diccionario poético 2

Amanecer: El día se bifurca
Los árboles se llenan de aire y de ruido
El cielo se hunde en la luz.

Gloria Gervitz



Azul: Es el verde que se aleja.

Elías Nandino



Mar: Ancha tierra
profunda
sin arar.

Juan Domingo Argüelles



Soy una gaviota

Claribel Alegría

Soy una gaviota
solitaria
con el ala tronchada
abro un surco en la arena.



Asombro

Dolores Castro

Paso de la luz a la sombra,
de la sombra a la luz
desemboco en el asombro
y en la grandeza de lo grande
empequeñezco.

y en la **inconmensurable**
y secreta

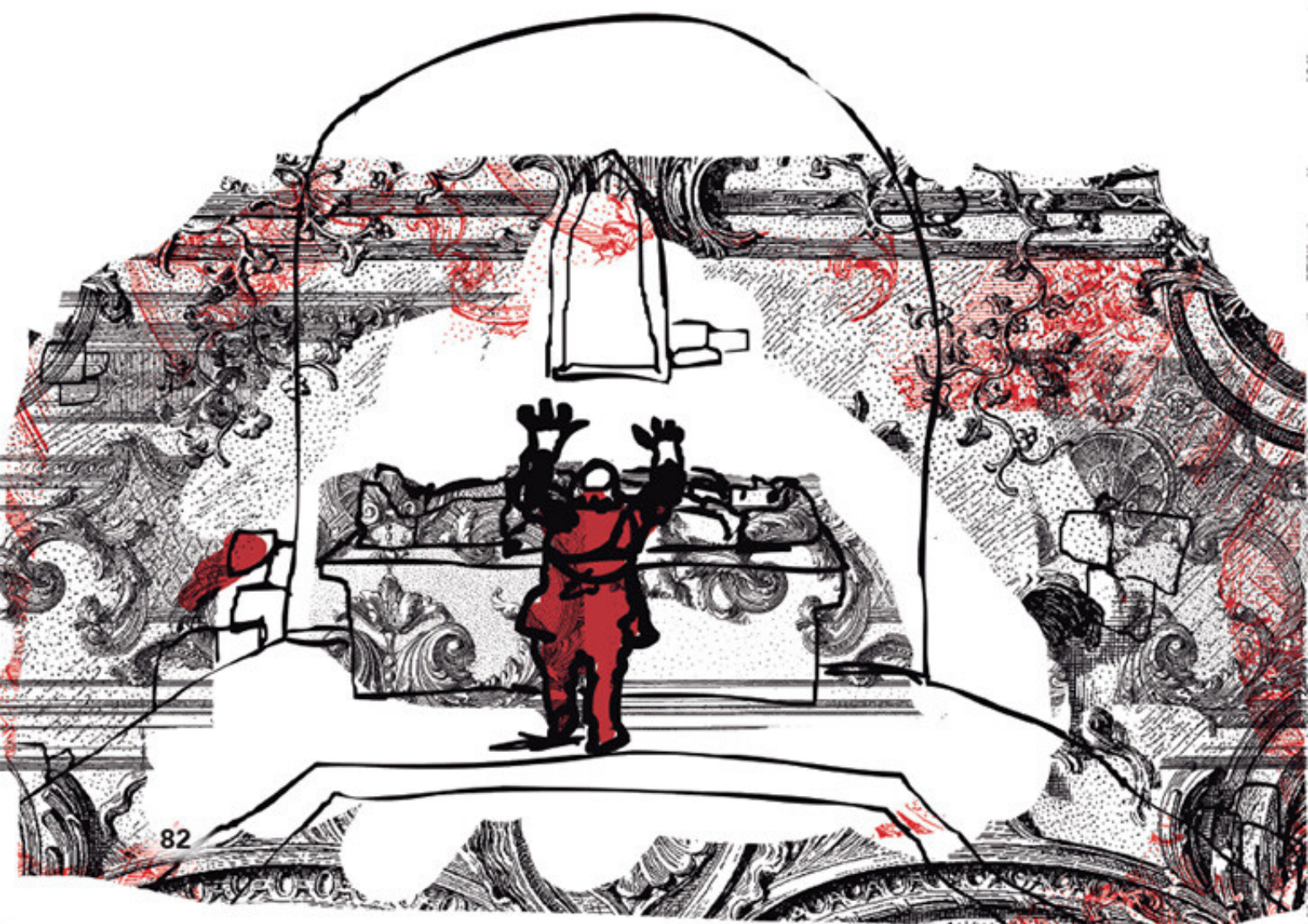
grandeza
de lo pequeño
crezco.



El Gólem

Gustav Meyrink

—¿Quién puede decir que sabe algo sobre el Gólem?
—contestó Zwakh y se encogió de hombros—. Se lo confina en el imperio de la leyenda, hasta que un día tiene lugar algún suceso en las calles que lo hace revivir súbitamente. Durante cierto tiempo, hablan todos de él y los rumores crecen hasta lo inverosímil. Se vuelven al fin tan exagerados y abultados, que finalmente decaen a causa de la propia incredulidad, según se dice. La leyenda tiene su origen en el siglo XVII. De acuerdo a preceptos perdidos de la Cábala, un **rabino** habría construido un hombre androide, el llamado Gólem. Un hombre para que le sirviese como criado, haciendo tañer las campanas de la **sinagoga** y para los trabajos pesados.



No era por cierto un verdadero hombre y estaba animado sólo por una vida vegetativa, rudimentaria y semiconsciente. Y aun esto solamente de día, merced a un papelito mágico, puesto entre sus dientes, papel que atraía sobre él las libres fuerzas astrales del Universo.

Y una noche en que el rabino, antes de la plegaria vespertina, se olvidó de quitar el sello de la boca del Gólem, éste se habría vuelto furioso y echado a correr por las calles, en la oscuridad, rompiendo todo lo que hallaba a su paso. Hasta que el rabino se arrojó sobre él, destruyendo el papelito. Y entonces el **homúnculo** se había desplomado en el suelo, sin vida. Nada quedó de él, sino la figura que se muestra a los visitantes, aún hoy, en la sinagoga Altneuschul.



Poesía visual

Anónimo

Dormir

en la niebla

Canciones del sinsentido

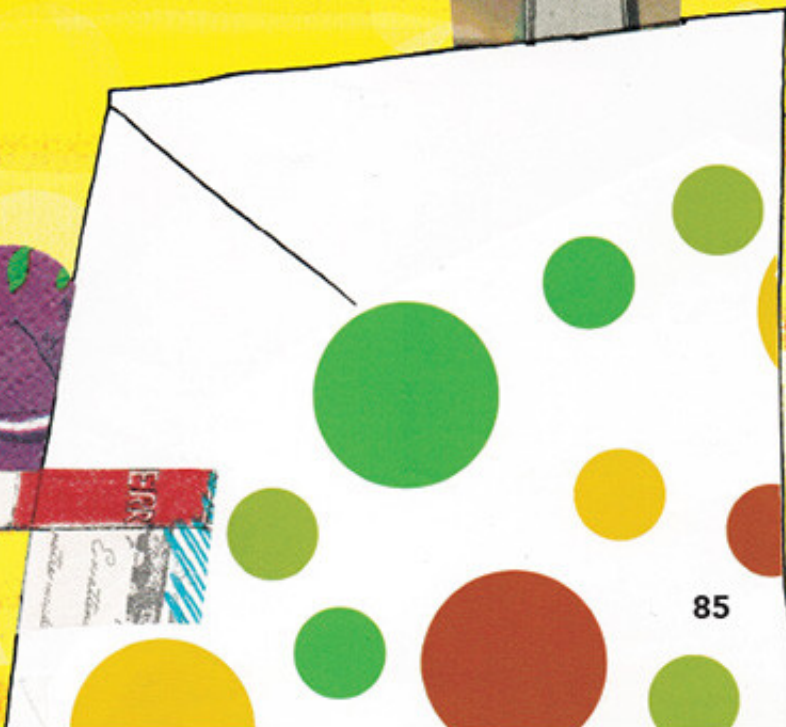
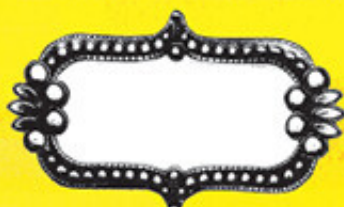
Ulalume González de León

1
A veces uno se encuentra
con alguien que no está allí
y que al día siguiente otra vez no está allí
y uno se pone a desear
que ese alguien nunca se vaya
para poder no verlo siempre

2
Fui a visitar a nadie
en su casa vacía
y nos dijimos nada

Le di lo que no tengo

Esto pasó mañana



La aventura de los leones

Miguel de Cervantes Saavedra

Y acercándose a don Quijote, que estaba apresurando al leonero para que abriera las jaulas, le dijo:

—Señor caballero, los caballeros andantes han de realizar las aventuras que prometen esperanza de salir bien de ellas, y no aquellas que se la quitan; porque la valentía que entra en la jurisdicción de la temeridad, más tiene de locura que de fortaleza. Estos leones no vienen contra usted, ni lo sueñan: van a ser presentados a Su Majestad, y no será bueno detenerlos ni impedirles su viaje.

—Váyase, señor hidalgo —respondió don Quijote—, a entender con su perdiz mansa y con su hurón atrevido, y deje a cada uno hacer su oficio. Éste es el mío, y yo sé si vienen a mí o no estos señores leones.

Y volviéndose al leonero, le dijo:

—¡Voto a tal, hombre ruin, que si no abres luego luego las jaulas, que con esta lanza te he de coser con el carro!



El carretero, que vio la determinación de aquella armada fantasma, le dijo:

—Señor mío, sea usted servido, por caridad, de dejarme desatar las mulas y ponerme a salvo con ellas antes de que se salgan los leones, porque si me las matan quedaré rematado para toda mi vida; que no tengo otra cosa sino este carro y estas mulas.

—¡Oh, hombre de poca fe! —respondió don Quijote—, baja y desata y haz lo que quieras, que pronto verás que trabajaste en vano y que pudiste ahorrarte esta diligencia.

Bajó el carretero y desamarró con gran prisa, y el leonero dijo a grandes voces:

—Sean testigos cuantos aquí están cómo contra mi voluntad y forzado abro las jaulas y suelto a los leones, y de que protesto a este señor que todo el mal y daño que estas bestias hagan corra y vaya por su cuenta, más mis salarios y derechos.



—Ahora, señor —replicó don Quijote—, si usted no quiere ser oyente de esta que a su parecer ha de ser tragedia, pique la **tordilla** y póngase a salvo.

A éstas añadió otras razones, con que quitó las esperanzas de que no iba a dejar de proseguir con su desvariado intento.

En el tiempo que tardó el leonero en abrir la jaula primera, estuvo considerando don Quijote si sería bueno hacer la batalla antes a pie que a caballo, y, en fin, determinó hacerla a pie, temiendo que Rocinante se espantara con la vista de los leones. Por esto saltó del caballo, arrojó la lanza y tomó el escudo; y desenvainando la espada, paso a paso, con corazón valiente, se fue a poner delante del carro, encomendándose a Dios de todo corazón y luego a su señora Dulcinea.



El leonero abrió de par en par la primera jaula, donde estaba, como se ha dicho, el león. Lo primero que hizo éste fue revolverse en la jaula donde venía echado y tender la garra y desperezarse todo; abrió luego la boca y bostezó muy despacio, y con lengua se quitó el polvo de los ojos y se lavó el rostro. Hecho esto, sacó la cabeza fuera de la jaula y miró a todas partes con los ojos hechos brasas, vista y ademán para poner espanto a la misma temeridad. Sólo don Quijote lo miraba atentamente, deseando que saltase ya del carro y viniese con él a las manos, con las cuales pensaba hacerlo pedazos.

Hasta aquí llegó su jamás vista locura. Pero el generoso león, más comedido que arrogante, no haciendo caso de niñerías ni de bravatas, después de haber mirado a una y otra parte, como se ha dicho, volvió las espaldas y enseñó sus traseras partes a don Quijote, y con gran calma y remanso se volvió a echar en la jaula.



Ár 'rini ar de:thä pa ya ja'i

Anónimo

Bí thogi ndunthe ya pa, pe ndunthe ya pa, ar dängu bí be ar de:thä jar jo'mi, pa ndi hñäts'i ma 'na jar ha:i ho xki thets'i ar dehe. Ho:ntho mar me:ti ya thä. Bí hñeki ar jo'mi pa ndi 'ñägi ya thä.

'Nar pa ga:tho yá bo:ni ar ka mi tsa:ya: jar zabi, bí 'ya:ni ar dängu:

—¿Temu: gi pe:fi? Ar dängu bí dädi ke mi tsi ya thä.

Mi pädi ke ya jä'i himi tsi ya thä ne bí beni Kwä, ge'ä xki me:hni, ar ka bí xifi ar dängu:

—Nugu:ga: di 'yoga:, nu'bu: ho di nega:. ¿Gi 'raki ir thä, pa ga häkka: jar ha:i, nu'bu: ho di 'bu:ka:? Getho nu'bu:, ho di 'bu:ka:, otho ya thä.

Ar dängu himbí ne bí ts'oni ár 'be:ts'i. Pe 'nehe ya xki umbi ar xuhñä ne mi ne ndi 'mu:i ya'bu:, nu'bu: ho mi 'bu:i ma 'ra ya jä'i. Gem'bu: bí däti ar ka:

—Ga 'ra'i ma thä, pe gi tsiski jar lugar ho gi 'bu:i. Bí nja'bu: bí gohi.

Ar ka bí gu:ki ya thä, ar dängu bí dets'e jár xu:tha ne bí ma ga:tho yoho jár ha:i ar ka. Bí nja'bu: bí gohi. Nu'bya ga:tho ya jä'i tsi ya thä. 'Nehe ya dängu nu'bya nzäm'bu: ju:ki ya thä ja ya ngú.



El origen del maíz para los humanos

Anónimo

Hace mucho tiempo, pero mucho tiempo, la rata robaba el maíz del tapanco para llevarlo a otra tierra, rodeada de agua. Era la única dueña del maíz. Agujereaba el tapanco para robar las mazorcas.

Un día, durante sus viajes, el cuervo descansaba en la isla y le preguntó a la rata:

—¿A qué te dedicas? La rata le contestó que estaba comiendo maíz.

Sabiendo que los humanos no consumían maíz y recordándose de Dios, quien le había mandado, el cuervo le dijo a la rata:

—Yo ando a donde quiera. ¿Me das tu maíz para llevarlo a la tierra en donde vivo? Allá no hay maíz.

La rata no quiso deshacerse de sus bienes. Pero también ya estaba fastidiada y quería estar lejos de donde vivían otros seres. Después, contestó al cuervo:

—Te doy mi maíz, pero me tienes que llevar al lugar donde vives. Así se pusieron de acuerdo.

El cuervo sacó las mazorcas, la rata se subió en su lomo y juntos se fueron a la tierra del cuervo. Así quedaron.

Ahora, todos los seres humanos comen maíz y también las ratas todavía roban las mazorcas de las casas.

(Relato tradicional otomí-español)



El león y la liebre

Anónimo

En una montaña llamada Mandara, había un león nombrado Durdanta. Dicho león se entretenía en hacer una continua matanza de animales. Éstos se unieron y le enviaron representaciones.

“Señor, le dijeron, ¿por qué destruir así a todos los animales? Todos los días os enviaremos a uno de nosotros para que os alimentéis”.

Y así fue. El león, a partir de entonces, devoró todos los días a uno de aquellos animales.

Cierto día, una liebre vieja, a la que le llegó el turno de servir de pasto, se dijo para sus adentros:



“No se obedece más que a aquél a quien se teme. Y eso para conservar la vida. Si debo morir, ¿de qué me va a servir el demostrar sumisión al león? Voy, pues, a tomarme tiempo excesivo para llegar hasta él. No me puede costar más que la vida ¡y ésa la he de perder! Así habré pasado mis últimos momentos completamente desligada de las cosas de aquí”.

Se puso en camino, deteniéndose aquí y allí para masticar algunas sabrosas raíces.

Por fin llegó adonde estaba el león. Éste, que tenía hambre, le dijo colérico, en cuanto la vio:

—¿Por qué vienes tan tarde?



—No es mía la culpa, respondió la liebre. He sido detenida en el camino y retenida a la fuerza por otro león, al que he jurado volver a su lado, y vengo a decirlo a vuestra majestad.

—Llévame pronto, dijo furioso el león, cerca de ese bribón que desconoce que soy todopoderoso.

La liebre condujo a Durdanta junto a un pozo profundo. Allí le dijo:

—Mirad, señor; el temerario está en el fondo de su antro. Y mostró al león su propia imagen, reflejada en el agua del pozo.

El león, hinchado de orgullo, no pudo dominar su cólera, y, queriendo aplastar a su rival, se precipitó dentro del pozo, en donde encontró la muerte.

Lo cual prueba que la inteligencia aventaja a la fuerza. La fuerza desprovista de inteligencia no sirve de nada.



Seda de araña

Guillermo Ibarra Núñez

Quizá alguna vez al caminar por un bosque, un parque o un jardín, o por tu propia casa, una telaraña se te quedó enganchada sin que te dieras cuenta. ¿Cómo fue posible que no la hubieras visto? ¿De qué está hecha para ser casi invisible?

Una telaraña es una de las estructuras que las arañas fabrican con la seda que ellas mismas producen. La seda es un material fibroso que algunos artrópodos (insectos, arácnidos y ácaros) secretan a través de glándulas especiales.

A diferencia del gusano de seda (*Bombyx mori*, una larva de mariposa) que únicamente produce un tipo de seda, una araña es capaz de producir diferentes clases con distinta elasticidad, resistencia, flexibilidad, grosor, adhesividad, afinidad o repelencia al agua, entre otras características. Además, pueden mezclar varias clases de seda y producir nuevos materiales. La gran variedad de usos de la seda es un hecho clave en la diversidad de las arañas (más de 40 000 especies) y su colonización de numerosos hábitats terrestres.



Al igual que otros animales, las arañas construyen refugios para evitar la exposición directa a la lluvia, al viento, al sol y al ataque de sus enemigos naturales, pero en su caso la seda es el principal, y en muchas especies el único, material utilizado. Las que viven bajo tierra emplean la seda para recubrir el interior de sus moradas y evitar el desmoronamiento de túneles. Hay arañas que incluso fabrican con la seda una puerta a la entrada del refugio. Muchas de las que viven arriba del suelo construyen un refugio formado sobre todo con hilos de seda, bajo piedras o troncos, en las fisuras de rocas o sobre la corteza de árboles, u ocupando espacios aéreos inaccesibles a otros animales: entre dos árboles, entre las ramas de un árbol, entre las hojas o colgando abajo de éstas.

La *Argyroneta aquatica*, una especie de araña que vive en arroyos en Europa, teje un refugio entre la vegetación acuática bajo el que va depositando burbujas de aire hasta formar una "campana de buceo" en donde puede comer, mudar, aparearse e incluso depositar sus huevecillos.

Con la seda, las arañas también hacen "alpinismo". Desde su nacimiento y a lo largo de toda su vida, producen un hilo con la misma función de la cuerda de seguridad de los alpinistas. Al desplazarse, las arañas van produciendo este hilo de gran resistencia, y lo van fijando tramo a tramo en el sustrato donde se encuentren. Esto les permite perseguir a una presa o huir de un atacante sin riesgo de lastimarse por una caída; si es necesario, regresan por ese hilo al sitio del que se descolgaron. También les ayuda a descender a la posición más adecuada para tejer una red, apostarse en espera de presas o llegar hasta donde se encuentra una posible pareja.

Como cualquier artrópodo, las arañas cambian de piel para crecer, y al momento de hacerlo son muy vulnerables; a fin de protegerse emplean la seda para formar un refugio totalmente cerrado, o bien realizan la muda mientras cuelgan de su hilo de seguridad.



Veinte mil leguas de viaje submarino

Julio Verne

Nuevamente, como la noche anterior, se escuchó la voz de Ned Land:

—¡La cosa en cuestión a babor!

Las miradas se enfilaron en la dirección indicada. A una milla y media del barco, un enorme cuerpo negruzco emergía de las aguas. Su cola, que se agitaba violentamente, producía un gran remolino. Jamás un aparato había batido con tal violencia el mar. Un gigantesco surco de espuma blanca formaba una curva alargada que marcaba el paso del animal.

El barco se aproximó al cetáceo y pude observarlo claramente. Los informes del Shannon y del Helvetia habían exagerado un poco sus dimensiones. Yo estimé su longitud en unos 80 metros; no obstante, no era fácil apreciar su volumen, aunque el animal me pareció, en resumen, notablemente proporcionado en sus tres dimensiones.



Mientras observaba a aquella bestia fenomenal, noté cómo lanzaba dos chorros de agua y de vapor por sus orificios respiratorios hasta una altura de unos 40 metros. Eso me mostró su modo de respiración, y me permitió concluir que, en definitiva, pertenecía a los vertebrados, clase de los mamíferos, subclase de los **monodelfos**, grupo de los **pisciformes**, orden de los cetáceos, familia... En este momento no podía advertir una clasificación exacta. El orden de los cetáceos comprende tres familias: las ballenas, los cachalotes y los delfines, y en esta última se incluyen los narvales. Cada una de estas familias se divide en diversos géneros, y cada género en especies, y cada especie en variedades. Todavía me faltaban variedad, especie, género y familia, sin embargo, no dudaba de que llegaría a completar mi clasificación, con la ayuda del cielo y del comandante Farragut.





La tripulación aguardaba impaciente las órdenes del capitán. Luego de haber observado detenidamente al animal, el comandante llamó al ingeniero, quien se presentó a la brevedad.

—¿Tiene suficiente presión? —le preguntó el comandante.

—Sí, señor —respondió el ingeniero.

—Perfecto, refuerce entonces la alimentación, y vamos a toda máquina.

Tres hurras celebraron la orden del comandante. Había llegado la hora del combate. Poco después, las dos chimeneas del barco expulsaban torrentes de humo negro, y el puente se balanceaba con la vibración de las calderas.



Equilibrista

Óscar Hahn

Esa sensación
de no estar caminando en suelo firme
sino en la cuerda floja

Esa sensación
de que la cuerda está suspendida
sobre las cataratas del Niágara

Esa sensación
de que el viento me está meciendo
cada vez con más fuerza

Esa sensación de vértigo

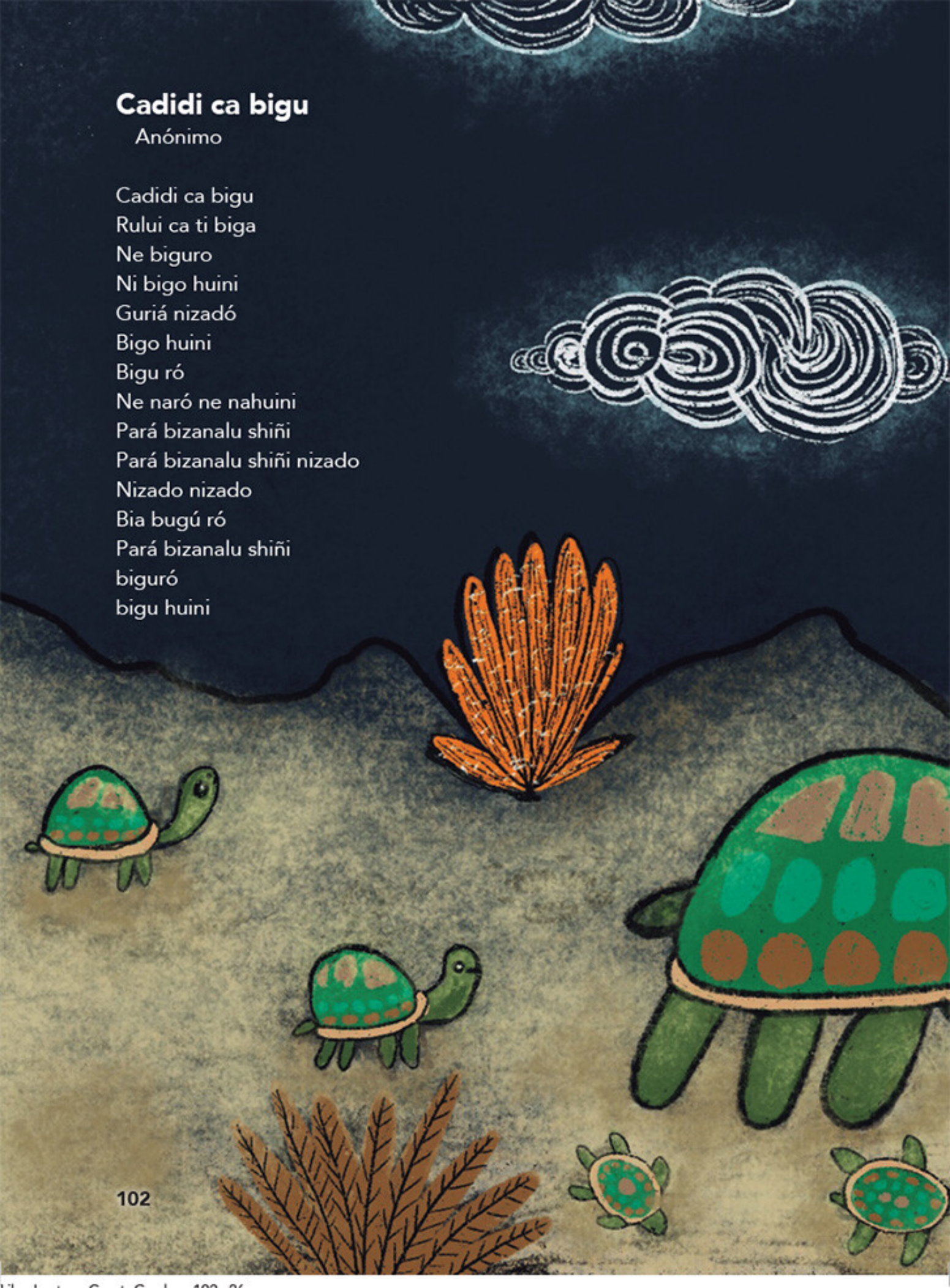
Esa sensación de espumas
que hacen un ruido ensordecedor



Cadidi ca bigu

Anónimo

Cadidi ca bigu
Rului ca ti biga
Ne biguro
Ni bigo huini
Guriá nizado
Bigo huini
Bigo ró
Ne naró ne nahuini
Pará bizanalu shiñi
Pará bizanalu shiñi nizado
Nizado nizado
Bia bugú ró
Pará bizanalu shiñi
biguró
bigu huini



Las tortugas

Anónimo

Van pasando las tortugas
parecidas a un collar:
con la tortuga grande
unida a la tortuga chica,
a la orilla del mar.
Tortuga chica,
tortuga grande...
Con la grande, con la chica.
¿Dónde dejaste al hijo?
¿Dónde dejaste al hijo, mar?
Mar, mar,
mira a la tortuga chica,
mira a la tortuga grande.
¿Dónde dejaste al hijo?,
tortuga grande,
tortuga chica.

(Poema bilingüe, zapoteco-español)




Relaciones y cartas

Cristóbal Colón

Domingo 21 de octubre. A las diez horas llegué a este cabo de la isla y anclamos las carabelas; después de haber comido, fui a tierra, donde no había más población que una casa, en la cual no encontré a nadie; creo que habían huido por temor, pues dentro estaban todos sus enseres.

Yo no les dejé tocar nada. Únicamente salí con los capitanes y la tripulación a ver la isla. Si las islas vistas anteriormente son muy hermosas, verdes y fértiles, ésta lo es mucho más, con grandes y muy verdes árboles. Tiene grandes lagunas rodeadas por maravillosos árboles; toda la isla es muy verde y hay hierbas como en Andalucía durante abril.



El cantar de los pajaritos provoca que los hombres quieran permanecer aquí, y las bandadas de papagayos oscurecen el sol. Hay aves y pajaritos de diversas especies, muy distintas a las que nosotros tenemos; es una maravilla. Hay árboles diversos, que dan todos frutos diferentes y huelen maravilloso; me siento apenado de no conocerlos, porque sé que son de gran valía, por eso traigo muestra de ellos y de las hierbas.

Caminando alrededor de una de estas lagunas vi una serpiente, que matamos y de la cual traigo el cuero a vuestras Altezas. Ella, al vernos, se metió en la laguna, y nosotros la seguimos, ya que no era muy honda, y con lanzas la matamos. Mide cinco palmos de largo; creo que como ésta hay muchas en esta laguna.

Al andar en busca de agua, llegamos a una población cercana, a media **legua** de distancia de las naves. La gente, al vernos llegar, huyó dejando sus casas, sólo escondieron en el monte sus ropas y lo que tenían. No dejé que nadie tomara nada, ni un alfiler. Después llegaron unos hombres de esa población. Uno de ellos se acercó hasta nosotros, yo le di unos cascabeles y unas cuentecillas de vidrio, con lo cual quedó muy contento y muy alegre, y para que la amistad creciese y ellos nos dieran algo, le pedí agua. Me fui a la nave, y ellos vinieron a la playa con sus calabazas llenas de agua y se alegraron mucho al dárnoslas.



El Quelite

Corrido popular

¡Qué bonito es El Quelite!
Bien haya quien lo fundó,
que en sus orillitas tiene
de quién acordarme yo.

Mañana me voy, mañana,
mañana me voy de aquí,
el orgullo que me queda,
que tú me quisiste a mí.

Camino de San Jacinto,
camino de San Joaquín,
no dejes amor pendiente
como me dejaste a mí.

Yo no canto porque sé
ni porque mi voz sea buena;
canto porque tengo gusto
en mi tierra y en la ajena.

Debajo de un nopalito
me dio sueño y me dormí,
y me despertó mi prieta
diciendo: —Ya estoy aquí.

Debajo de aquel **huizache**
me dio sueño y me dormí,
y me despertó un gallito
cantando: ki-ki-ri-kí.



La lechera

Félix María Samaniego

Llevaba en la cabeza
una lechera el cántaro al mercado
con aquella presteza,
aquel aire sencillo, aquel agrado,
que va diciendo a todo el que lo advierte:
¡Yo sí que estoy contenta con mi suerte!

Porque no apetecía
más compañía que su pensamiento,
que alegre la ofrecía
inocentes ideas de contento,
marchaba sola la feliz lechera,
y decía entre sí de esta manera:

“Esta leche vendida,
en limpio me dará tanto dinero,
y con esta partida
un canasto de huevos comprar quiero,
para sacar cien pollos, que al estío
me rodeen cantando el *pío, pío*.”



Del importe logrado
de tanto pollo mercaré un cochino.
Con bellota, salvado,
berza, castaña, engordará sin tino;
tanto, que puede ser que yo consiga
ver como se le arrastra la barriga.

Llevarélo al mercado;
sacaré de él, sin duda, buen dinero:
compraré de contado
una robusta vaca y un ternero,
que salte y corra toda la campaña,
desde el momento cercano a la cabaña”.



Con este pensamiento
enajenada, brinca de manera,
que a su salto violento
el cántaro cayó. ¡Pobre lechera!
¡Qué compasión! Adiós leche, dinero,
huevos, pollos, lechón, vaca y ternero.

¡Oh, loca fantasía,
que palacios fabricas en el viento!
Modera tu alegría;
no sea que saltando de contento
al contemplar dichosa tu mudanza,
quiebre su cantarillo la esperanza.

No seas ambiciosa
de mejor y más próspera fortuna;
que vivirás ansiosa
sin que pueda saciarte cosa alguna.

*No anheles impaciente el bien futuro;
mira que ni el presente está seguro.*



El fénix

Anónimo



El fénix es un ave muy gentil y hermosa; se encuentra en Arabia, y tiene el aspecto de un cisne. Ningún hombre, por mucho que sepa buscar, puede hallar más de uno en la tierra, pues está solo en el mundo, y es de color totalmente púrpura. Vive quinientos años y más, según dice Isidoro. Cuando se ve envejecer, va a coger ramitas de un precioso sarmiento de buen aroma. Si están secas, las coge, luego se echa encima, y recibe el fuego fiel merced a los rayos del sol: voluntariamente, prende en él sus alas, arde por su propio deseo, y queda convertido en polvo. Gracias al fuego de las ramitas, al buen aroma, al calor y a la humedad, el polvo adquiere un perfume; y tal es su naturaleza, como dice el texto, que al tercer día vuelve a la vida.

Drácula

Bram Stoker

En Londres, unos momentos de ocio me habían permitido ir al Museo Británico y a la Biblioteca Nacional donde consulté mapas y libros relativos a Transilvania; me parecía interesante ponerme al corriente de ciertos datos respecto al país, puesto que debía mantener tratos con un caballero natural de allí.

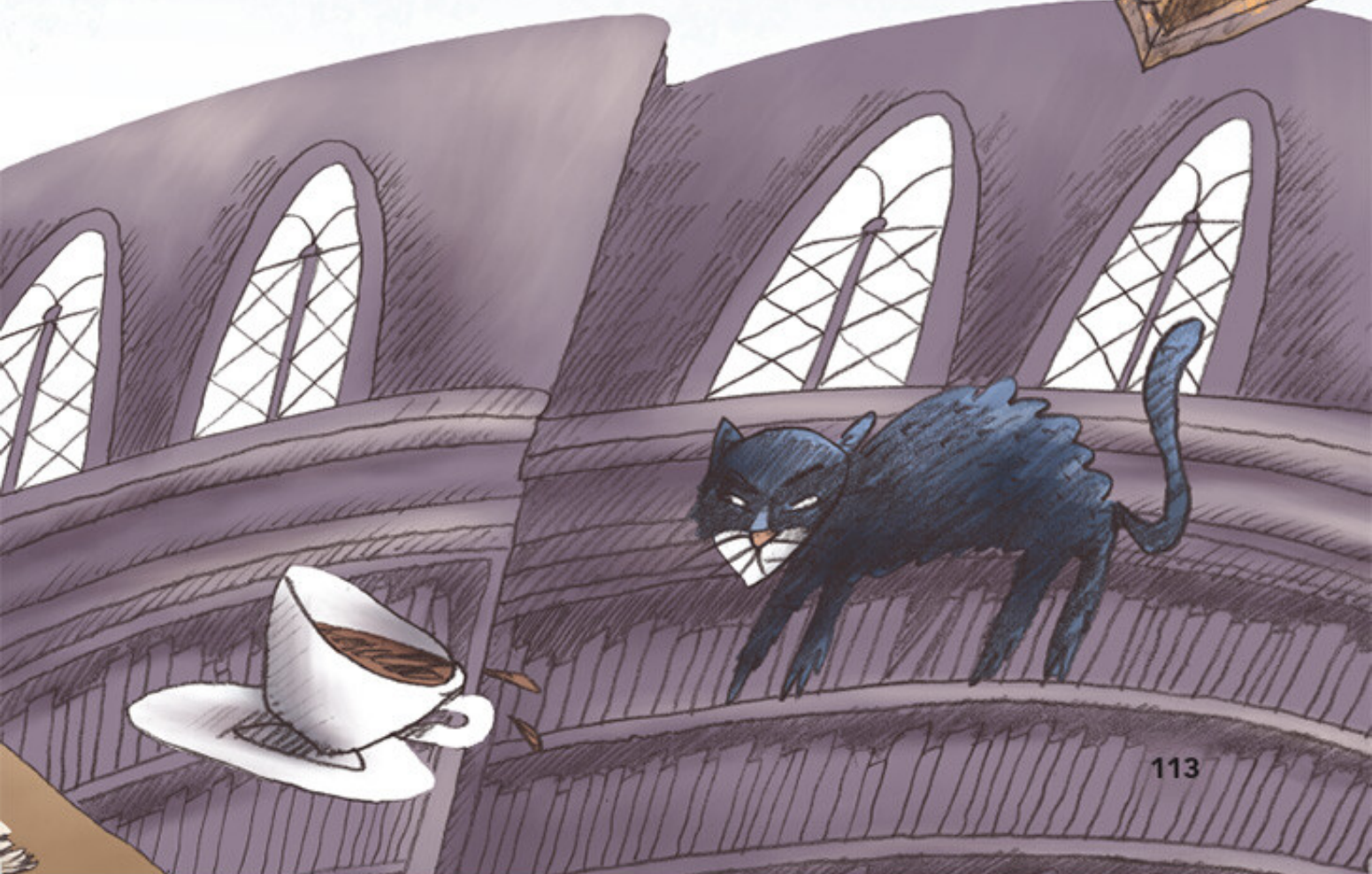
La región de que hablaba en sus cartas dicho caballero estaba situada al este del país en la frontera de tres Estados, Transilvania, Moldavia y Bukovina, en los Cárpatos. Se trata de una de las partes de Europa menos conocidas y más salvajes. Pero ningún libro, ningún mapa pudo indicarme el lugar exacto donde se alzaba el castillo del conde Drácula, puesto que no existe ningún mapa detallado de la región.



No obstante, mis investigaciones me hicieron saber que Bistritz, desde donde el conde Drácula me había escrito que debía coger una diligencia, era un pueblecito **asaz** conocido.

En este diario iré anotando mis impresiones, lo cual me refrescará la memoria cuando le cuente a Mina mis viajes.

En Transilvania hay cuatro razas; al sur, los sajones, a los que se mezclaron los valacos, descendientes de los dacios; al oeste, los magiares; y, por fin, al este y al norte, los szekler. Era entre éstos que yo debía vivir. Esta raza afirma descender de Atila y los hunos. Tal vez sea verdad, ya que cuando los magiares conquistaron el país en el siglo XI, hallaron a los hunos ya establecidos allí. Por lo visto, todas las supersticiones del mundo se han reunido en los Cárpatos, sin dejar jamás quieta la imaginación popular. Si esto es cierto, mi estancia allí resultará sumamente interesante. (He de consultar al conde respecto a las numerosas supersticiones.)



Los pájaros

Jaime Augusto Shelley

Chillaron los pájaros
desorbitando su silencio de altas copas
Descendieron cóndores y cuervos de aceradas plumas
Cientos de voces desencajadas por la ráfaga
Tomaron la forma de los árboles y callaron
recuperaron su silencio

Sobreviene el día



Diccionario poético 3

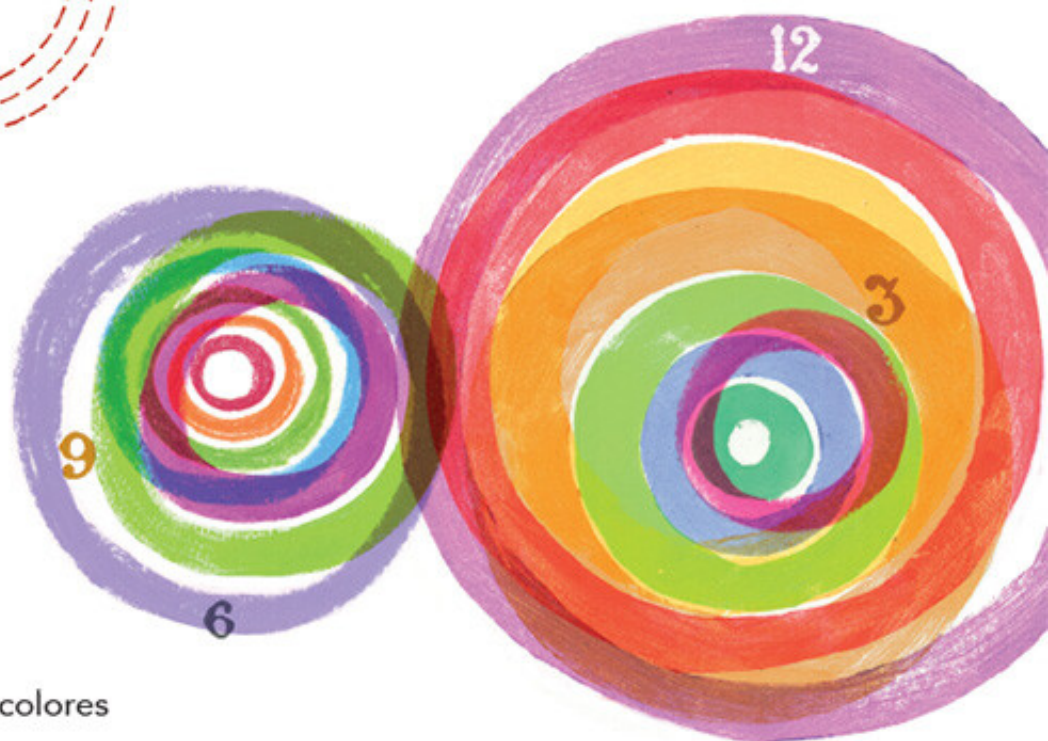
Luciérnaga: ¡Esa gota de luna sobre la hierba!

Jules Renard



Manzana: Pulida esfera de tu carne de plata.

Jaime Torres Bodet



Trompo: Mezcla colores en su girar, del tiempo imita loco zumar.

Adela Ayala

Visión de Anáhuac


Alfonso Reyes

Dos lagunas ocupan casi todo el valle; la una salada, la otra dulce. Sus aguas se mezclan con ritmos de marea, en el estrecho formado por las sierras circundantes y un espinazo de montañas que parte del centro. En mitad de la laguna salada se asienta la metrópoli, como una inmensa flor de piedra, comunicada a tierra firme por cuatro puertas y tres calzadas, anchas de dos lanzas jinetas. En cada una de las cuatro puertas, un ministro grava las mercancías. Agrúpanse los edificios en masas cúbicas; la piedra está llena de labores, de grecas. Las casas de los señores tienen vergeles en los pisos altos y bajos, y un terrado por donde pudieran correr cañas hasta treinta hombres a caballo.




Las calles resultan cortadas, a trechos, por canales. Sobre los canales saltan unos puentes, unas vigas de madera labrada capaces de diez caballeros. Bajo los puentes se deslizan las **piraguas** llenas de fruta. El pueblo va y viene por la orilla de los canales, comprando el agua dulce que ha de beber: pasan de unos brazos a otros las rojas vasijas. Vagan por los lugares públicos personas trabajadoras y maestros de oficio, esperando quien los alquile por sus jornales. Las conversaciones se animan sin gritería: finos oídos tiene la raza, y, a veces, se habla en secreto. Óyense unos dulces chasquidos; fluyen las vocales, y las consonantes tienden a licuarse. La charla es una canturía gustosa. Esas xés, esas tlés, esas chés que tanto nos alarman escritas, escurren de los labios del indio con una suavidad de aguamiel.





El pueblo se atavía con brillo, porque está a la vista de un grande emperador. Van y vienen las túnicas de algodón rojas, doradas, recamadas, negras y blancas, con ruedas de plumas superpuestas o figuras pintadas. Las caras morenas tienen una impavidez sonriente, todas en el gesto de agradar. Tiemblan en la oreja o la nariz las arracadas pesadas, y en las gargantas los collaretes de ocho hilos, piedras de colores, cascabeles y **pinjantes** de oro. Sobre los cabellos, negros y lacios, se mecen las plumas al andar. Las piernas musculosas lucen aros metálicos, llevan **antiparas** de hoja de plata con guarniciones de cuero —cuero de venado amarillo y blanco. Suenan las flexibles sandalias. Algunos calzan zapatones de un cuero como de marta y suela blanca cosida con hilo dorado.



En las manos aletea el abigarrado **moscador**, o se retuerce el bastón en forma de culebra con dientes y ojos de nácar, puño de piel labrada y pomas de pluma. Las pieles, las piedras y metales, la pluma y el algodón confunden sus tintes en un incesante tornasol y —comunicándoles su calidad y finura— hacen de los hombres unos delicados juguetes.

El templo mayor es un alarde de piedra. Desde las montañas de basalto y de **pórfido** que cercan el valle, se han hecho rodar moles gigantescas. Pocos pueblos —escribe Humboldt— habrán removido mayores masas. Hay un tiro de ballesta de esquina a esquina del cuadrado, base de la pirámide. De la altura, puede contemplarse todo el panorama chinesco. Alza el templo cuarenta torres, bordadas por fuera, y cargadas en lo interior de imaginiería, **zaquizamies** y maderamiento picado de figuras y monstruos.



La orilla del mar

José Gorostiza

No es agua ni arena
la orilla del mar.

El agua sonora
de espuma sencilla,
el agua no puede
formarse la orilla.

Y porque descanse
en muelle lugar,
no es agua ni arena
la orilla del mar.

Las cosas discretas,
amables, sencillas;
las cosas se juntan
como las orillas.

Lo mismo los labios,
si quieren besar.
No es agua ni arena
la orilla del mar.



Ecología

Efraín Huerta

De la
Ilusión
A la
Erosión
No hay
Más que
Medio
Siglo



El traje nuevo del emperador

Hans Christian Andersen

Escenografía: sala del trono, taller de costura y una calle donde será el desfile.

Personajes: narrador, emperador, primer ministro, funcionarios y caballeros, dos pillos, dos pajes, maestro de ceremonias, varios niños y niñas que estarán en la calle (gente) y niño sincero y su padre.

NARRADOR: Hubo una vez un emperador vanidoso. Le encantaba estrenar trajes. Gastaba el dinero del imperio en su vestuario. No se interesaba en su pueblo ni en nadie, sólo le gustaba pasear para lucir sus trajes nuevos. En lugar de que los pajes dijeran: "El emperador está en Consejo de Ministros", decían: "El emperador está en el vestidor". Una mañana se presentaron en el palacio dos pillos asegurando que sabían hacer telas maravillosas y trajes sorprendentes.



Primera escena

(Sala del trono.)

EMPERADOR: (En su trono hablando con el primer ministro.)

Que traigan a los sastres de inmediato.

PRIMER MINISTRO: Están a las puertas del palacio, majestad.

Dicen que las prendas que hacen con sus telas son especiales.

EMPERADOR: ¿Especiales?

PRIMER MINISTRO: Que poseen la virtud de ser invisibles para las personas que no son capaces para su cargo o que son tontas.

EMPERADOR: ¡Deben ser vestidos magníficos! Si los tuviera...

Pásalos, que se pongan enseguida a trabajar, y dales una bolsa de oro para que compren lo que necesiten.

(Sale el primer ministro y luego vuelve a entrar.)

PRIMER MINISTRO: Di la orden de que les den una habitación como taller, y están construyendo un telar. Avanzan rápido.

(Se dirige al taller.)

NARRADOR: Pero el emperador tenía miedo de saber si era inepto o malo para su cargo y, por si acaso, prefería enviar al primer ministro para cerciorarse de cómo andaban las cosas. Los habitantes de la ciudad sabían de las virtudes de aquellas telas, y estaban impacientes por ver hasta qué punto su emperador era tonto o incapaz.



Segunda escena

(En el taller.)

NARRADOR: El viejo y digno ministro se presentó en el taller de los dos pillos, que hacían como que trabajaban en el telar vacío.

PRIMER MINISTRO: (Sorprendido, murmura hacia el público.)
¡No veo nada!

PILLO 1: Acérquese usted, señor ministro. Mire qué preciosidad.

PILLO 2: ¿Le gusta el color de la tela?

PRIMER MINISTRO: (Murmurando hacia el público.) ¿Seré tonto?
¿Inepto? No puedo decir que no he visto la tela.

PILLO 1: ¿Qué dice de los dibujos?

PRIMER MINISTRO: (Titubeando.) ¡Oh, precioso, maravilloso!
¡Qué dibujo y qué colores! Diré al emperador que me ha gustado mucho, mucho.

PILLO 1: Nos alegra... Lo azul son pavos reales, lo rojo son las aves, lo verde es el bosque. Divino, ¿verdad?



Tercera escena

(En el taller. Los pillos dizque trabajando.)

NARRADOR: El emperador envió a otro funcionario a investigar cómo iba la tela y si ya habían comenzado el traje, pero le pasó lo mismo que al primer ministro: miró y miró, pero no vio nada.

PILLO 2: Pase, pase usted. Acérquese. ¿Verdad que es una tela divina? Vea usted los dibujos, los colores, los hilos de plata y de oro...

FUNCIONARIO: (Murmurando hacia el público.) ¿Cómo? No soy tonto. Es importante que nadie sepa que no veo nada...
(En voz alta.) Es preciosa la tela, increíble... Diré al emperador que están haciendo una joya.



Cuarta escena

(En el taller.)

NARRADOR: Los súbditos del emperador hablaban tanto de la mágica tela, que él mismo quiso verla antes de que terminaran de hacer el traje.

(*Entra el emperador con sus funcionarios.*)

PILLO 1: ¡Majestad! ¡Venga, observe! ¿Verdad que es admirable, majestad?

PILLO 2: Fíjese en los colores y los dibujos. (*Señalando el telar vacío.*)

EMPERADOR: (*Murmurando y viendo al público.*) ¡Cómo! ¡No veo nada! ¿Seré tonto? ¿No sirvo para gobernar? (*Sube la voz.*) ¡Oh, sí, es muy bonita! Los felicito. (*Se ve feliz.*)

NARRADOR: Todos los que acompañaban al emperador miraban y remiraban, pero nadie veía nada. Sin embargo, exclamaban:

FUNCIONARIOS: (*Uno por uno.*) ¡Oh, fantástica! ¡Sensacional! ¡Maravillosa! ¡Única!

EMPERADOR: De ahora en adelante ustedes serán los tejedores imperiales. El traje debe estar listo para el desfile del lunes.

PILLO 2: Le encantará, majestad.



Quinta escena

(En la sala del emperador.)

NARRADOR: Una noche antes del desfile, los pillos dejaron las luces prendidas del taller para que pareciera que estaban trabajando. Aparentaban ir y venir, quitar la tela del telar, cortarla con grandes tijeras y coserla. Gritaban a voces para que todos se enteraran de que el vestido estaba listo. A la mañana siguiente, los pillos llevaron a la sala del emperador lo que supuestamente habían cosido; y detrás de ellos entraron los dos pajes con un gran espejo.

(Majestad en el trono. Baja de él para acercarse a los pillos.)

PILLO 1: (Levantando los brazos como si llevara algo.) Éstos son los pantalones, majestad.

PILLO 2: (Mostrando al emperador lo que dizque lleva en las manos.) Mire la casaca.

PILLO 1: Aquí está el manto...

PILLO 2: Las prendas son ligeras como si fuesen de telaraña; uno creería no llevar nada sobre el cuerpo, pero eso es lo mágico de la tela.

FUNCIONARIOS: (Uno por uno.) Hermoso traje, precioso, divino, qué colores, qué diseño, qué bonito.



PILLO 2: ¿Quiere vuestra majestad quitarse el traje que lleva?

PILLO 1: Así lo vestiremos delante del espejo que han traído los pajes.

NARRADOR: El emperador se quitó la ropa y los dos pillos simularon ponerle las diferentes piezas del vestido nuevo. Y tomando al emperador por la cintura hicieron que se viera en el espejo.

EMPERADOR: *(Dando de vueltas ante el espejo.)* ¡Qué bien me queda, se ve elegantísimo...! ¡Vaya diseño y vaya colores! ¡Es un traje precioso!

MAESTRO DE CEREMONIAS: Vuestra majestad, la multitud espera verlo ya en la procesión.

EMPERADOR: Estoy listo. *(Viendo al público.)* ¿Verdad que me veo muy bien?

NARRADOR: Los pajes hacen como que levantan la cola del manto y caminan como si sostuvieran algo en el aire. No habrían confesado que no veían nada. Y de este modo echó a andar el emperador mientras el gentío, desde la calle y las ventanas, gritaba:

GENTE: ¡Qué precioso es el vestido nuevo del emperador!
¡Qué magnífica cola! ¡Qué hermoso es todo!



NARRADOR: Nadie permitía que los demás se diesen cuenta de que nada veía, para no ser tenido por incapaz en su cargo o por tonto. Ningún traje del emperador había tenido tanto éxito como aquel.

NIÑO SINCERO: *(Riendo y señalando con el índice al emperador.)*
¡Pero si no lleva nada! ¡Va desnudo! ¡El emperador va desnudo!

PADRE DEL NIÑO SINCERO: ¡Escuchen la voz de la inocencia!

GENTE: ¡No lleva nada; es un chiquillo el que dice la verdad, no lleva nada!

NARRADOR: Aquello inquietó al emperador, pues sabía que el pueblo tenía razón; sin embargo, tenía que aguantar hasta el final. Y siguió más altivo que antes, y los pajes continuaron sosteniendo la cola inexistente.

(Obra de teatro basada en un cuento tradicional)



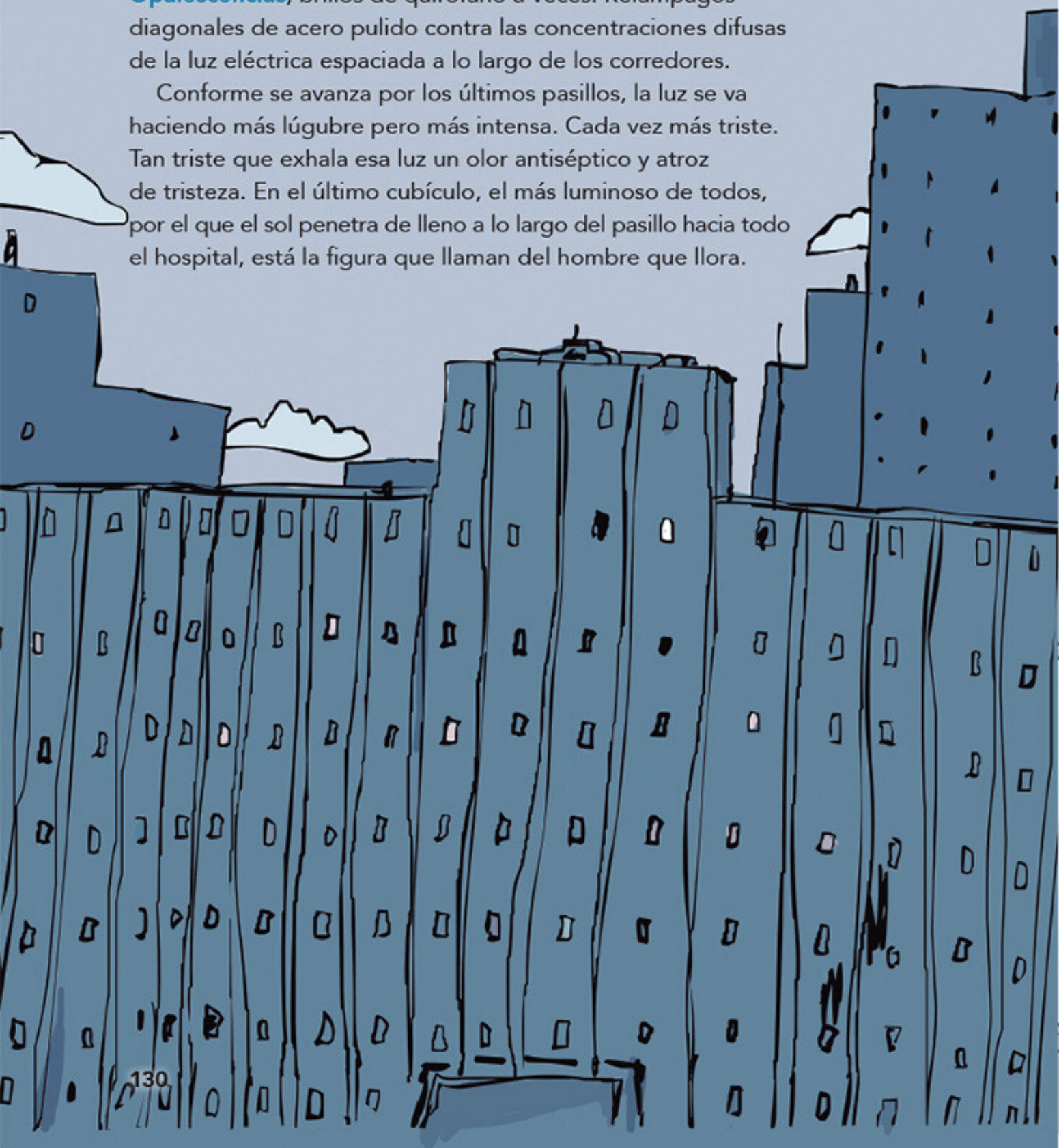
El hombre que llora

Salvador Elizondo

El Hospital General es gris por dentro y por fuera.

Opalescencias; brillos de quirófano a veces. Relámpagos diagonales de acero pulido contra las concentraciones difusas de la luz eléctrica espaciada a lo largo de los corredores.

Conforme se avanza por los últimos pasillos, la luz se va haciendo más lúgubre pero más intensa. Cada vez más triste. Tan triste que exhala esa luz un olor antiséptico y atroz de tristeza. En el último cubículo, el más luminoso de todos, por el que el sol penetra de lleno a lo largo del pasillo hacia todo el hospital, está la figura que llaman del hombre que llora.

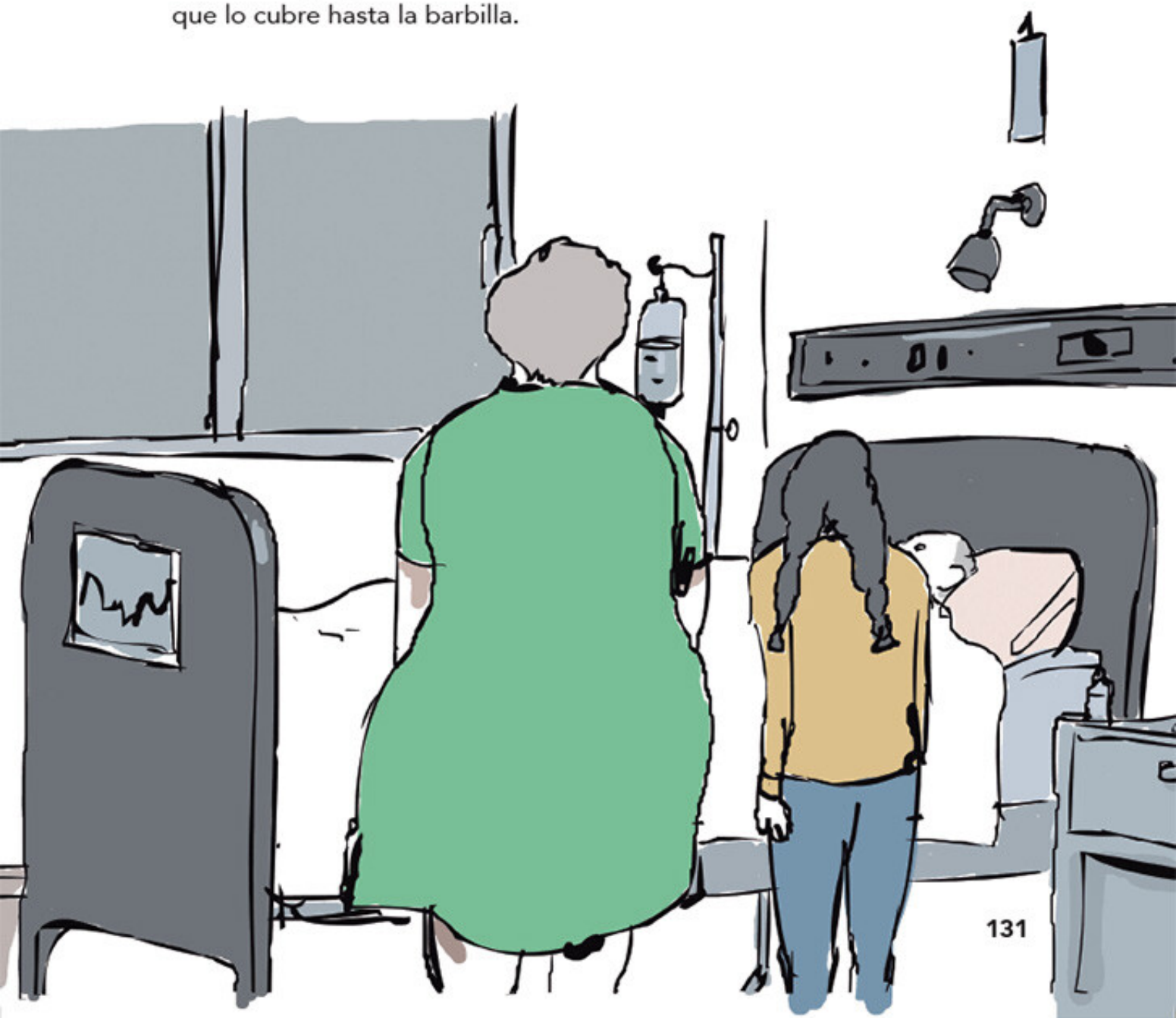


Mucho se ha hablado de esta misteriosa figura que conservan en el Hospital General. Mi abuela ha decidido llevarme a verla, pues es grande la fama del hombre que llora y dicen que a veces concede ciertas mercedes. Mientras vamos por los corredores del hospital las enfermeras como bultos grises y blancos cuchichean a nuestro paso.

—Van a ver al hombre que llora —dice una monja a otra.

Todo es blanco en esa habitación olorosa a formol.

El anciano que yace sobre la cama es tan blanco como la manta que lo cubre hasta la barbilla.



El viejecito llora como mujer. Eso dice mi abuela. Yo me quedo callado. Lo miro atentamente. Su boca se pliega como la de una máscara de teatro. Roja y húmeda chasquea una lengua larga y flaca como un **verduguillo** contra las encías desdentadas. Por sus mejillas agrietadas resbalan gruesos lagrimones desde sus ojos irritados y legañosos. Sólo su boca y sus ojos se mueven.

Dicen que es una pura cabeza y que no tiene cuerpo, pero esto yo no lo creo.



Aire

Xavier Villaurrutia

El aire juega a las distancias:
acerca el horizonte,
echa a volar los árboles
y levanta vidrieras entre los ojos y el paisaje.

El aire juega a los sonidos:
rompe los tragaluces del cielo,
y llena con ecos de plata de agua
el caracol de los oídos.

El aire juega a los colores:
tiñe con verde de hojas el arroyo
y lo vuelve, súbito, azul,
o le pasa la borla de una nube.

El aire juega a los recuerdos:
se lleva todos los ruidos
y deja espejos de silencio
para mirar los años vividos.



Negro cuento de la mujer blanca

Leonora Carrington

La mujer blanca se vistió de negro.

Todo era negro, incluso sus pijamas y su jabón.

Negras y negras eran todas sus cosas, como la noche,
como el carbón.

Pero cuando lloraba aquella mujer, sus lágrimas eran
azules y verdes como los periquitos.

Lloraba mucho la mujer y tocaba la flauta.

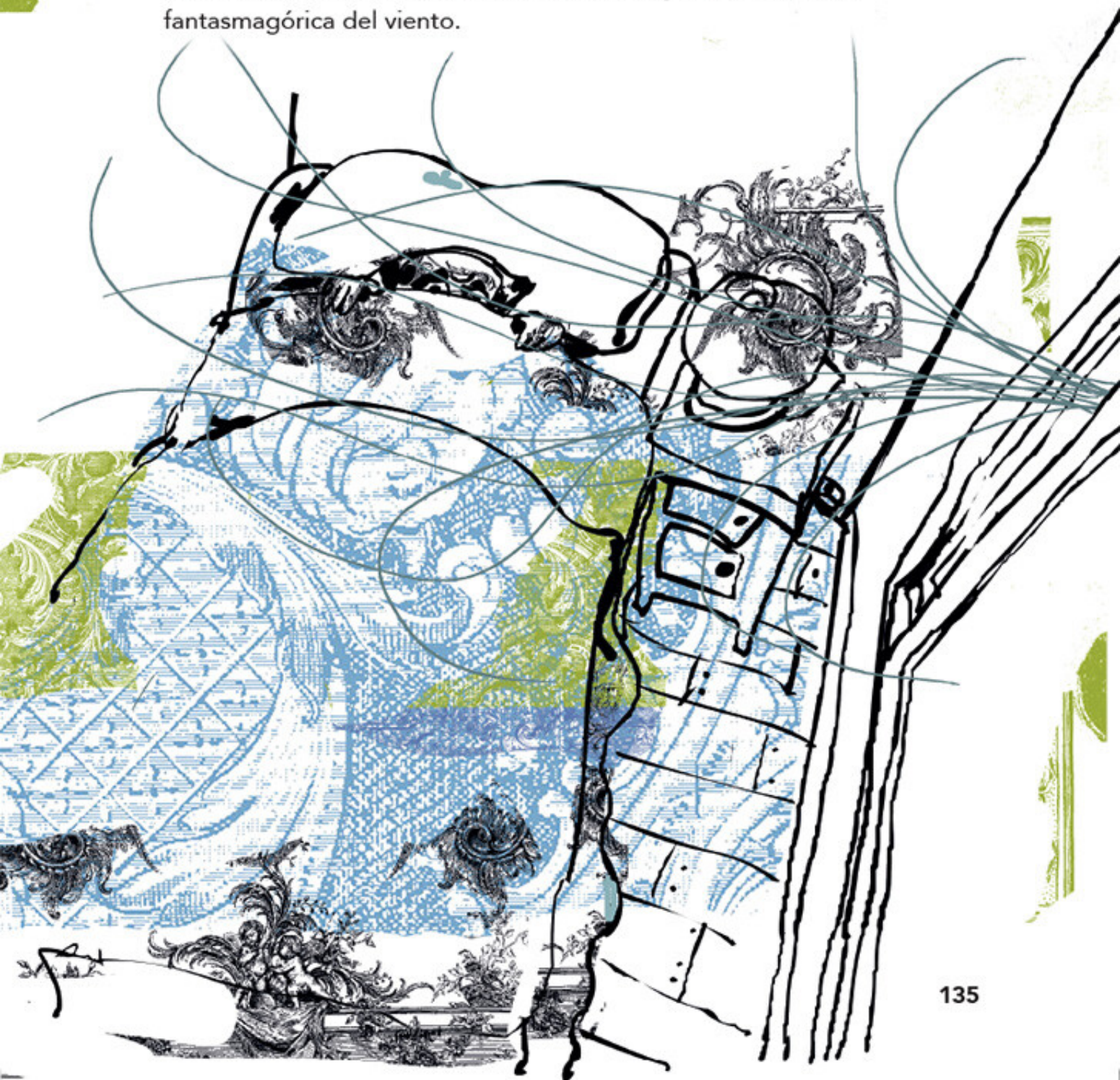
La
mujer
blanca
vestida
de
negro
llorando
y
tocando
su
flauta.



La tempestad

José Emilio Pacheco

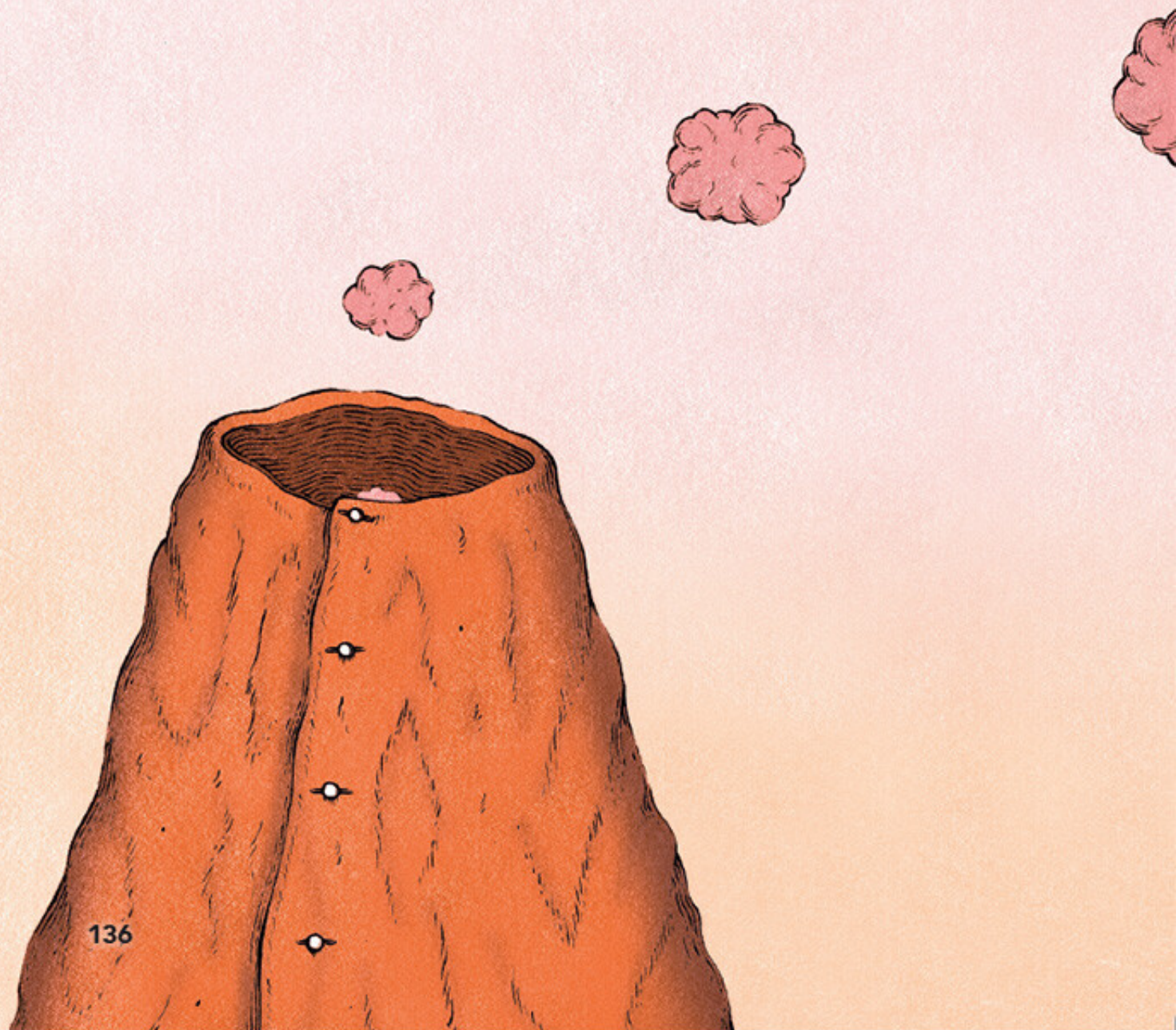
No me dejó dormir la tempestad. Temí que el viento fuera a acabar con el mundo. Al día siguiente pregunté a mis vecinos de edificio. Nadie escuchó el menor estruendo. Por la tarde hallé el origen de mis temores: había dejado abierto un mínimo sector de la ventana corrediza. Sólo existió para mí la tormenta inventada por el vidrio, el metal y la colaboración fantasmagórica del viento.



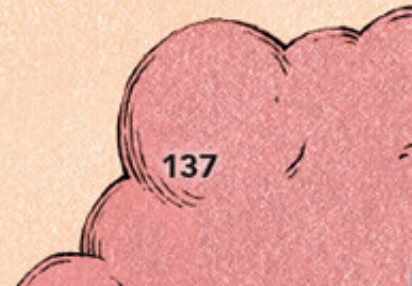
Volcanes

Conde de la Cortina

Los volcanes son montañas, por lo común aisladas, cónicas, de diversa altura, y en cuya cima hay un hueco o una excavación natural en forma de embudo, llamado cráter, que despide, a intervalos más o menos cortos, torrentes de humo espeso o de materias encendidas. Cuando estos volcanes se mantienen en estado de quietud o de calma, ofrecen poco interés; pero cuando las materias inflamables que existen en su seno se ponen en movimiento, y fermentan y enrarecen el aire, salen con extraordinaria violencia por la boca o cráter del volcán, y producen lo que se llama una erupción volcánica.



Casi nunca sucede una erupción sin que la acompañe un terremoto, porque éste es efecto necesario de aquélla, pues antes de que el aire y las materias encendidas y puestas en movimiento lleguen a encontrar salida por el cráter de un volcán, causan en lo interior de la tierra sacudimientos y trastornos, tanto más perceptibles para nosotros, cuanto menos es la profundidad en que se efectúan. Pero no siempre que hay terremoto, hay erupción volcánica, porque, si el aire y los gases subterráneos, enrarecidos por la inflamación de las materias, encuentran dentro de la misma tierra un espacio suficiente para dilatarse cuanto necesitan, pierden su fuerza antes de llegar al volcán, y allí donde la pierden se acaba el terremoto. Esos gases que he nombrado son una especie de duendes que hacen en este mundo más papel del que usted cree.



Robinson Crusoe

Daniel Defoe

30 de septiembre de 1659

Yo, el pobre y triste Robinson Crusoe, habiendo naufragado tras una terrible tormenta, alcancé medio muerto la costa de esta deprimente y desgraciada isla, a la que he bautizado con el nombre de "Isla de la Desesperación". El resto de la tripulación de mi barco se ahogó en la tormenta.

No tenía ni comida, ni casa, ni ropa, ni armas, ni siquiera un sitio en el que esconderme y, como no encontraba consuelo alguno, me parecía que lo único que me reservaba el futuro era la muerte, ya fuera devorado por animales, asesinado por salvajes o debilitado por el hambre. Al anochecer trepé a un árbol por miedo a los animales y dormí profundamente, a pesar de que no paró de llover.



1 de noviembre

Instalé la tienda cerca de la pared de piedra y por primera vez pasé ahí la noche. La armé lo más ancha posible con las estacas que había traído para colgar la hamaca.

4 de noviembre

Decidí organizar mis horarios de trabajo, de caza, de descanso y de diversión. Resolví que lo mejor era salir a cazar por las mañanas, si no llovía, durante dos o tres horas, a continuación trabajar hasta alrededor de las once y luego comer lo que tuviera. Con todo ya hecho me podía echar a descansar de doce a dos, porque el clima era demasiado caluroso, y regresar al trabajo por la tarde. Las labores de ese día y del siguiente estuvieron completamente dedicadas a la construcción de una mesa.



7 de noviembre

Llegó el buen tiempo. El 7, el 8, el 9, el 10 y parte del 12 (el 11 no, porque era domingo) me dediqué de lleno a construir una silla y, tras mucho trabajo, por fin conseguí una forma relativamente aceptable, aunque tampoco me gustó mucho; mientras la montaba tuve que desarmarla varias veces.

NOTA: Abandoné la costumbre de dejar el domingo libre porque me olvidé de hacer marcas más largas en el poste y perdí la noción de los días de la semana.

23 de noviembre

Ahora que contaba con las herramientas indispensables retomé el trabajo de excavación de la pared y me pasé dieciocho días enteros ensanchando y profundizando la vivienda de manera que cupieran todas mis provisiones.



17 de diciembre

Desde este día y hasta el 20 estuve colocando estantes y clavos en los postes para colgar en ellos todo lo que pudiera colgarse. Empecé a sentir que el interior de la casa estaba ordenado.

24 de diciembre

Llovió todo el día y toda la noche. No sucedió nada interesante.

10, 11, 12, 13 y 14 de mayo

Todos los días fui hasta el barco y me llevé trozos de madera, tablas o placas, y más de noventa kilos de hierro.

Llevaba diez meses en aquella espantosa isla y había perdido toda esperanza de rescate. Estaba seguro de que el pie de un hombre jamás había pisado aquel suelo. Como ya había terminado de construir mi morada según las necesidades que tenía, me pareció que había llegado el momento de hacer un reconocimiento exhaustivo de la isla y ver qué otros elementos de la naturaleza que no había descubierto hasta ahora podía encontrar.



Yo en el fondo del mar

Alfonsina Storni


En el fondo del mar
hay una casa
de cristal.

A una avenida
de **madréporas**,
da.

Un gran pez de oro,
a las cinco,
me viene a saludar.

Me trae
un rojo ramo
de flores de coral.



A watercolor illustration of a person's arm and a fish in a blue sea. The arm is in the upper left, and the fish is in the lower left. The background is a textured blue wash representing the sea.

Duermo en una cama
un poco más azul
que el mar.

Un pulpo
me hace guiños
a través del cristal.


En el bosque verde
que me circunda
—din don... dín dan—
se balancean y cantan
las sirenas
de nácar verdemar.

Y sobre mi cabeza
arden, en el crepúsculo,
las erizadas puntas del mar.

Gatos ilustres


Doris Lessing

Como la casa se alzaba en lo alto de una colina, los halcones, las águilas, las aves rapaces, que suspendidas en las corrientes de aire, daban vueltas sobre los matorrales, a menudo quedaban a la altura de los ojos, a veces más abajo. Posábamos la vista en las alas negras y pardas —una extensión de seis pies—, destellantes con el sol, que se inclinaban cuando el pájaro describía una curva. Abajo, en los campos, nos tumbábamos inmóviles en un surco, a poder ser donde el arado se había hundido más al girar, bajo un manto de hierbas y hojas. Había que sepultar o recubrir de tierra las piernas, cuya palidez, pese al bronceado, resaltaba contra el pardo rojizo del suelo. A cientos de pies de altura, una docena de aves volaba en círculo, al acecho del menor movimiento de un ratón, un pajarito o un topo. Elegíamos una, tal vez la que se cernía sobre nosotros; y quizá por un instante teníamos la impresión de que se producía un intercambio de miradas: los ojos fríos y penetrantes del ave, y los ojos fríamente curiosos del ser humano.



En la parte inferior del estrecho cuerpo en forma de bala, entre las inmensas alas suspendidas, las garras estaban ya preparadas. Al cabo de medio minuto, o de veinte segundos, se abatía sobre el animalito que hubiera escogido; acto seguido se elevaba para alejarse con un pausado batir de alas dejando tras de sí un remolino de polvo rojo y un intenso olor fétido. El cielo continuaba como siempre: un espacio azul, alto y silencioso, salpicado de bandadas de pájaros que daban vueltas. De todas formas, en lo alto de la colina era habitual ver un halcón precipitarse oblicuamente desde el círculo de aire donde había permanecido hasta seleccionar la presa: una de nuestras gallinas.

Nuestras gallinas constituían, o cuando menos así las consideraban sus enemigos, una provisión siempre renovada de carne para los halcones, búhos y gatos salvajes de varias millas a la redonda. Del alba al atardecer correteaban por la desprotegida cima de la colina, convertida en destino de los predadores por el relucir de plumas negras, pardas y blancas y el continuo cloqueo, cantar de gallos, escarbaduras y contoneos.

The illustration depicts a rural scene. In the foreground, a woman with long red hair sits on a green grassy hill. She is wearing a tall, light-colored hat with a dark band, a blue and white patterned shawl, and a light blue dress. Her legs are crossed, and she wears red shoes. In the background, there is a farm with several buildings, including a large barn with a red roof and a smaller white house with a black roof. The sky is a pale blue with several birds flying. The overall style is a soft, painterly illustration.

En las granjas africanas es costumbre recortar las tapas de las latas de parafina y petróleo y colgar al sol estos destellantes cuadrados de metal. Para espantar a las aves, dicen. Pero yo he visto un halcón descender de un árbol para arrebatarse una gorda clueca adormilada de encima de los huevos que empollaba, y eso a pesar de estar rodeada de perros, gatos y personas, negras y blancas. Y una vez, tomando el té sentadas delante de la casa, una docena de personas presenciaron cómo un veloz halcón arrancaba de la sombra de un arbusto un gatito bastante crecido.

De todos modos, había aves de corral en abundancia. Y tantos halcones que carecía de sentido dispararles. Siempre que mirábamos al cielo desde lo alto de la colina divisábamos a menos de medio kilómetro un pájaro volando en círculos. Y un par de cientos de pies más abajo un diminuto retazo de sombra se deslizaba sobre los árboles, sobre los campos.

Sentada en silencio bajo un árbol, he visto animales que se quedaban paralizados o corrían a refugiarse cuando la amenazadora sombra de unas alas desplegadas en el cielo les rozaba u oscurecía por un momento la luz sobre la hierba, sobre las hojas. No se trataba nunca de un pájaro solitario. Eran dos, tres, cuatro que daban vueltas arracimados. ¿Y por qué ahí precisamente?, se preguntaba una. ¡Pues claro! Porque se servían, a distintos niveles, del mismo remolino de aire. Un poco más lejos, otro grupo. Una mirada más atenta... y el cielo aparecía salpicado de manchitas negras; o de manchitas relucientes, si les daba el sol, como las motas de polvo en un haz de luz que entra por la ventana. ¿Cuántos halcones habría en aquellos kilómetros de aire azul? ¿Centenares? Y todos capaces de llegar hasta nuestras gallinas en cuestión de minutos.



Ulises vence a Polifemo

Homero

Ulises y sus compañeros arribaron a las tierras de los cíclopes y se refugiaron en una enorme gruta, sin saber que en ella moraba el cíclope Polifemo.

Cuando éste regresó y notó la presencia de los forasteros, furioso y con crueldad devoró a varios de aquellos hombres.

Ante los hechos, Ulises decidió vengar a sus compañeros, y urdió un plan: hacer dormir a Polifemo para luego clavarle una enorme estaca en el ojo.

Luego de concretar su venganza, Ulises y sus compañeros se embarcaron nuevamente rumbo a Ítaca. Ya un poco adentrados en el mar, Ulises le habló al cíclope con estas palabras:





—¡Cíclope! No debiste usar tu fuerza para comerte a mis amigos. Tenías que pagar por devorar a tus huéspedes en tu propia morada. ¡Zeus y los dioses te castigaron!

Y, con más rabia que nunca, Polifemo arrancó la cima de una enorme montaña y la arrojó hacia la embarcación, por lo que agitó el mar y empujó nuevamente el navío a tierra firme.



Odiseo ordenó a sus compañeros que movieran los remos para librarse de aquel nuevo peligro.

Dentro del mar, Odiseo volvió a increpar al furioso cíclope, aunque sus compañeros intentaron disuadirlo:

—¿Por qué irritas a ese hombre que nos hizo volver a tierra firme donde pudimos encontrar la muerte? Si te oye nos aplastará la cabeza y el barco con un enorme peñón.



Y así le hablaron, mas no pudieron romper la firmeza del corazón de Ulises, quien irritado expresó:

—¡Polifemo! Si alguien pregunta por tu vergonzosa ceguera, diles que fue el asolador de ciudades: Ulises de Ítaca, hijo de Laertes.

Así habló Ulises. Y Polifemo, dando un gran suspiro, le respondió:

—¡Oh, Dioses! Se ha cumplido el destino. Me vaticinaron que perdería la vista a manos de Ulises... Y yo esperaba a un hombre de gran altura, gallardo y fuerte; pero fue un hombrecillo despreciable y ruin.



Gonzalo Guerrero

Bernal Díaz del Castillo

Luego se embarcaron en los navíos con las cartas y los indios mercaderes de Cozumel que las llevaban. Y en tres horas atravesaron el lago, y echaron en tierra los mensajeros con las cartas y el rescate, y en dos días las dieron a un español, Jerónimo de Aguilar, que entonces supimos que así se llamaba, y de aquí adelante así le nombraré. Y desde que las leyó y recibió el rescate de las cuentas que le enviamos, se alegró con ello, y lo llevó a su amo el cacique para que le diese licencia; el cual luego le concedió que se fuese adonde quisiese.

Y caminó Aguilar hasta donde estaba su compañero, que era Gonzalo Guerrero, en otro pueblo a cinco leguas de allí. Y luego de leer las cartas, Gonzalo Guerrero le respondió: "Hermano Aguilar, soy casado y tengo tres hijos, y me tienen por cacique y capitán cuando hay guerras; ve con Dios, que yo tengo labrada la cara y perforadas las orejas.



“¿Qué dirían de mí esos españoles al verme ir de esta manera? Ve a estos mis hijitos qué bonitos son. Por vida vuestra, dame esas cuentas verdes que traes, para ellos, y diré que mis hermanos me las envían de mi tierra”.

Y, asimismo, la india, mujer de Gonzalo, habló a Aguilar, en su lengua, muy enojada, y le dijo: “Mira con qué viene este esclavo a llamar a mi marido. Vete tú y no sigas con más pláticas”. Y Aguilar volvió a hablar a Gonzalo, que recordase que era cristiano, y que por una india no perdiese su alma. Y si por su mujer e hijos lo hacía, que la llevase consigo si no los quería dejar. Y por más que le dijo y amonestó no quiso venir.

Y parece ser que Gonzalo Guerrero era hombre de la mar, natural de Palos. Y desde que Jerónimo de Aguilar supo que no quería venir, se regresó con dos indios mensajeros adonde había estado aguardándole el navío.



Lavanderas del Grijalva

Rosario Castellanos

Pañuelo del adiós,
camisa de la boda,
en el río, entre peces
jugando con las olas.

Como un recién nacido
bautizado, esta ropa
ostenta su blancura
total y milagrosa.

Mujeres de la espuma
y el ademán que limpia,
halladme un río hermoso
para lavar mis días.



Escogedoras de café en el Soconusco

Rosario Castellanos

En el patio qué lujo,
qué riqueza tendida.
(Cafeto despojado
mire el suelo y sonría.)

Con una mano apartan
los granos más felices,
con la otra desechan
y sopesan y miden.

Sabiduría andando
en toscas vestiduras.
Escoja yo mis pasos
como vosotras, justas.



Glosario

- aherrojar.** Poner a alguien ataduras de hierro para someterlo.
- alano, na.** Perro corpulento y fuerte, con cabeza grande, orejas caídas, hocico chato, cola larga y pelo corto y suave.
- antipara.** Prenda que cubre la pierna sólo por delante.
- apear.** Desmontar o bajar a alguien de una caballería, de un carruaje o de un automóvil.
- asaz.** Bastante, muy o mucho.
- asordar.** Ensordecer a alguien con ruido o voces.
- atabal.** Especie de tambor pequeño o tamboril que suele tocarse en fiestas públicas.
- berza.** Variedad de col; planta de color verde intenso, cuyas hojas tienen el borde rizado.
- buhonero, ra.** Persona que lleva o vende baratijas, como botones, agujas, cintas, peines, etcétera.
- diáfano, na.** Dicho de un cuerpo: que deja pasar la luz casi en su totalidad.
- díceres.** Dichos de la gente, habladurías y murmuraciones.
- egregio, gia.** Que destaca o se distingue de los demás por sus cualidades o por sus méritos.
- escorzar.** Hacer un dibujo o una pintura con sentido de profundidad.
- gres.** Pasta compuesta de arcilla y arena, que sirve para fabricar diversos objetos.
- homúnculo.** Ser deforme con algunas características humanas y que ha sido creado por medios artificiales.
- huizache.** Árbol de ramas muy espinosas y flores de color amarillo.
- inconmensurable.** Enorme, que por su gran magnitud no puede medirse.
- jockey.** Jinete de carreras de caballos.
- juil.** Pez de agua dulce de las lagunas del Altiplano, muy parecido a la carpa.
- legua.** Medida de longitud, que en el antiguo sistema español equivale a 5572.7 metros.
- macehual.** En la sociedad náhuatl, persona que pertenecía a la clase social que estaba entre los esclavos y los nobles.
- madrépora.** Coral con forma de árbol.
- malaquita.** Mineral verde, que puede pulirse y suele emplearse para cubrir objetos.
- monodelfos.** Es una de las dos subclases en que se dividen los mamíferos, conocidos como euterios o placentarios.
- moscador.** Especie de abanico.
- opalescencia.** Reflejos de diversos colores, como los del ópalo.
- pinjante.** Joya o pieza de oro, plata u otro material, que se lleva colgada a modo de adorno.
- piragua.** Embarcación pequeña, estrecha y muy liviana que se usa en los ríos y en algunas playas.
- pisciforme.** Con forma de pez.
- pórfido.** Roca compacta y dura, de color oscuro y con cristales de cuarzo.
- quórum.** Número de individuos necesario para llegar a acuerdos.
- rabino.** Maestro que interpreta los textos sagrados judíos.
- recoveco.** Sitio escondido o rincón.
- salmuera.** Agua que sueltan las cosas saladas.
- saudade.** Refiere un sentimiento de nostalgia, añoranza o soledad.
- sinagoga.** Edificio dedicado a la reunión y culto de la religión judía.
- tisú.** Tela de seda entretejida con hilos de oro o plata.
- tlatohuani.** Gobernante de una ciudad.
- tordillo, lla.** Referido a una caballería, que tiene el pelo mezclado de negro y blanco.
- verduguillo.** Arma blanca, como una navaja, un puñal o un estoque.
- zaquizamí.** Enmaderamiento de un techo.

Bibliografía

- Acuña, Manuel (1960). "A la noche del 15 de septiembre de 1810" (fragmento), en *Mi libro de tercer año. Lengua nacional*, México, Secretaría de Educación Pública.
- Alatorre, Antonio (2002). "El español no es igual en todas partes" (fragmento; para esta edición con el título "El español"), en *Los 1001 años de la lengua española*, 2ª ed., México, Fondo de Cultura Económica.
- Alegria, Claribel (1999). "Soy una gaviota", en *Saudade*, Madrid, Visor.
- Anales de Cuauhtitlan y Leyenda de los soles* (1945). (Para esta edición con el título "La formación del mundo"), traducción de Primo Feliciano, México, Universidad Nacional Autónoma de México. Adaptación de Jaime Labastida.
- Andersen, Hans Christian. "El traje nuevo del emperador", cuento tradicional. Adaptación de Silvia Molina.
- Anónimo. "Dormir" (s.f.). Poesía visual.
- Anónimo. "en la niebla" (s.f.). Poesía visual.
- Argüelles, Juan Domingo (2008). "Mar", en *Palabras en poesía. Diccionario poético por cincuenta poetas mexicanos*, José Cedeño, Pablo Romay, Jenny Levine, México, Siglo XXI Editores.
- Arreola, Juan José (1980). *Lectura en voz alta* (fragmento), México, Porrúa ("Sepan cuantos...", 103).
- Ayala, Adela (1992). "Trompo", en *Adela Ayala de bolsillo*, Torreón, Patronato del Teatro Isaura Martínez.
- Bracho, Coral (1998). "Desde esta luz" (fragmento), en *La voluntad del ámbar*, México, Ediciones Era.
- "Canto florido" (fragmento) (2011). En *Cantares mexicanos II. Tomo 1*, edición de Miguel León-Portilla, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Fideicomiso Teixidor.
- Carrington, Leonora (2013). "Negro cuento de la mujer blanca", en *Leche del sueño*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Castellanos, Rosario (1972). "Escogedoras de café en el Soconusco" y "Lavanderas del Grijalva", en *Poesía no eres tú, Obra poética: 1948-1971*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Castro, Dolores (2008). "Asombro", en *Palabras en poesía. Diccionario poético por cincuenta poetas mexicanos*, José Cedeño, Pablo Romay, Jenny Levine, México, Siglo XXI Editores.
- Cervantes Saavedra, Miguel de. *Don Quijote de la Mancha* (fragmento del "Capítulo XVII"; para esta edición con el título "La aventura de los leones"). Adaptación de Sharon De la Torre Monterrubio.
- Chimalpahin, Domingo (1998). *Las ocho relaciones y el memorial de Colhuacan I* (fragmento; para esta edición con el título "México-Tenochtitlan"), paleografía y traducción de Rafael Tena, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Colón, Cristóbal (1892). *Relaciones y cartas* (fragmento), Madrid, Imprenta de la Viuda de Hernando y Cª, Ferraz. Adaptación de Sharon De la Torre Monterrubio.
- Cortázar, Julio (2001). "Axolotl" (fragmento), en *Cuentos completos. 1*, México, Alfaguara.
- Cortina, Conde de la (1995). *Poliantea* (fragmento; para esta edición con el título "Volcanes"), prólogo y selección de Manuel Romero de Terreros, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Cruz O., Óscar René (2002). "Ana lleva avellana", en *Palíndromos*, México, Publicaciones Cruz O.
- Cruz, Sor Juana Inés de la. *Carta a sor Filotea de la Cruz* (fragmento; para esta edición con el título "Los trompos y su espiral"). Adaptación de Sharon De la Torre Monterrubio.
- Darío, Rubén (1960). "La niña y la estrella" (fragmento), en *Mi libro de cuarto año. Lengua nacional*, México, Secretaría de Educación Pública.
- Defoe, Daniel (2014). *Robinson Crusoe* (fragmento), traducción de Carmen M. Cáceres y Andrés Barba, ilustraciones de Tullio Pericoli, México, Sexto Piso.
- Díaz del Castillo, Bernal (2014). *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España* (fragmento; para esta edición con el título "Gonzalo Guerrero"), México, Academia Mexicana de la Lengua (Clásicos de la lengua española). Adaptación de Sharon De la Torre Monterrubio.
- Diego, Eliseo (2012). "Carrusel", en *Eliseo Diego*, selección y notas de Alberto Paredes, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Material de lectura. Poesía moderna, 122).
- "Ejemplo del alano que llevaba en la boca un pedazo de carne" (1975). (Para esta edición con el título "El perro y un pedazo de carne"), en *Fábulas*, selección y notas de María de Pina, México, Porrúa ("Sepan cuantos...", 16).
- "El fénix" (fragmento) (2000). En *Bestiario medieval*, introducción, traducción y notas de Herederos de Ignacio Malaxecheverría, Madrid, Siruela.
- "El león y la liebre" (1992). En *La india literaria*, introducciones históricas, notas y un vocabulario del hinduismo de Teresa E. Rohde, México, Porrúa ("Sepan cuantos...", 207).

- "El origen del maíz para los humanos", en *6 cuentos mexicanos para leer en español y en su lengua originaria*, recuperado de <https://masdemx.com/2016/09/6-cuentos-mexicanos-para-leer-en-espanol-y-en-su-lengua-originaria/> (Consulta: 29 de abril de 2020).
- Eliot, T. S. (2001). "Cómo llamar a un gato" (fragmento), en *El libro de los gatos habilidosos del viejo Possum*, Valencia, Editorial Pre-Textos.
- Elizondo, Salvador (2000). "El hombre que llora", en *El grafógrafo*, México, Fondo de Cultura Económica.
- García Lorca, Federico (1986). "Árbol", en *Obras completas*, Madrid, Aguilar.
- Gervitz, Gloria (2008). "Amanecer", en *Palabras en poesía. Diccionario poético por cincuenta poetas mexicanos*, José Cedeño, Pablo Romay, Jenny Levine, México, Siglo XXI Editores.
- González de León, Ulalume (2001). "Nonsense suite" (fragmento; para esta edición con el título "Canciones del sinsentido"), en *Plagios*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Gorostiza, José (1996). "La orilla del mar" (fragmento), en *Poesía completa*, notas y recopilación de Guillermo Sheridan, México, Fondo de Cultura Económica.
- Guillén, Nicolás (1982). "Un son para niños antillanos", en *Español. Tercer grado. Lecturas*, México, Secretaría de Educación Pública.
- Guzmán, Martín Luis (2016). "En el tren" (fragmento; para esta edición con el título "Un viaje en tren"), en *El águila y la serpiente*, edición, estudio y notas de Susana Quintanilla, presentación de Jaime Labastida, México, Academia Mexicana de la Lengua.
- Hahn, Óscar (2009). "Equilibrista", en *Señales de vida. Antología*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Hernández, Francisco (2008). "Diccionario", en *Palabras en poesía. Diccionario poético por cincuenta poetas mexicanos*, José Cedeño, Pablo Romay, Jenny Levine, México, Siglo XXI Editores.
- Homero. *Odisea* (fragmento del "Canto IX"; para esta edición con el título "Ulises vence a Polifemo"). Adaptación de Sharon De la Torre Monterrubio.
- Huerta, Efraín (2014). "Ecología", en *Poesía completa*, 3.ª ed., México, Fondo de Cultura Económica.
- _____. (1982). "Tlāloc", en *Español. Tercer grado. Lecturas*, México, Secretaría de Educación Pública.
- Huidobro, Vicente (2009). *Altazor. Temblor de cielo* (fragmento del "Canto V"; para esta edición con el título "Altazor"), México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Ibarra Núñez, Guillermo. "Seda de araña" (fragmento), en *¿Cómo ves? Revista de Divulgación de la Ciencia de la UNAM*, núm. 115, junio de 2008.
- "Las tortugas" (1971), en *Omñibus de poesía mexicana*, presentación, compilación y notas de Gabriel Zaid, México, Siglo XXI Editores.
- Lessing, Doris (2018). *Gatos ilustres* (fragmento), México, Grijalbo.
- Lispector, Clarice (2011). "Falsa domesticación", en *Clarice Lispector*, selección y nota introductoria de Gloria Gervitz, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Material de lectura. Cuento contemporáneo, 90).
- Machado, Antonio (1983). "Yo escucho los cantos" (Soledades, VIII), en *Soledades. Galerías. Otros poemas*, Madrid, Cátedra.
- Melville, Herman (2010). *Moby Dick* (fragmento), traducción de José María Valverde, Almería, Ediciones Perdidas.
- Mendoza, Vicente T. (1985). "El Quelite", en *Corridos mexicanos*, México, Fondo de Cultura Económica (Lecturas mexicanas, 71).
- Meyrink, Gustav (1991), *El Gólem* (fragmento), traducción de Hugo Grünbaum, México, Juan Pablos Editor.
- Monterroso, Augusto (2003). "La Mosca que soñaba que era un Águila", en *Minificción mexicana*, selección y prólogo de Lauro Zavala, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Montes de Oca, Marco Antonio (2008). "Inmortal", en *Palabras en poesía. Diccionario poético por cincuenta poetas mexicanos*, José Cedeño, Pablo Romay, Jenny Levine, México, Siglo XXI Editores.
- Nandino, Elías (1990). "El azul es el verde que se aleja" y "Pera verde" (fragmentos), en *Elías Nandino de bolsillo*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara.
- Nervo, Amado (2006). "El cronista. Pintura exacta" (fragmento; para esta edición con el título "La opinión de los demás"), en *Lunes de Mazatlán (crónicas: 1892-1894)*, edición, estudio y notas de Gustavo Jiménez Aguirre, México, Océano-Universidad Nacional Autónoma de México-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

- Ochoa, Enriqueta (2013). "La llovizna de abril", en *Enriqueta Ochoa*, selección y nota de Esther Hernández Palacios, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Material de lectura. Poesía moderna, 182).
- "Orfeo y Euridice". Mito griego. Adaptación de Sharon De la Torre Monterrubio.
- Ortiz de Montellano, Bernardo (2009). "El aeroplano", en *Bernardo Ortiz de Montellano*, selección y nota de Manuel Fernández Perea, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Material de lectura. Poesía moderna, 58).
- Pacheco, José Emilio (1999). "La tempestad", en *La arena errante*, México, Ediciones Era.
- Paso, Fernando del (2016). "En Hornos", en *De aquí, allá y acullá. Antología de textos*, México, Secretaría de Educación Pública-Cámara Nacional de la Industria Editorial Mexicana-Asociación Nacional del Libro.
- Pessoa, Fernando (1981). "Lluvia oblicua V" (fragmento; para esta edición con el título "Lluvia oblicua"), en *Obra poética. Tomo I*, traducción, selección y notas de Miguel Ángel Viqueira, Barcelona, Ediciones 29.
- Poitevin, Pedro (2011). *Eco da eco de doce a doce*, México, Ediciones de la Galera.
- Prado Galán, Gilberto (2012). "Alocará caracola", en *Somos yo soy. Palíndromos para niños*, edición de Julián Romero, México, Axial Ediciones.
- Renard, Jules (2014). "La luciérnaga" (fragmento), en *Historias naturales*, traducción de Joan Riambau Möller, Madrid, Debolsillo.
- _____. (2010). "Una familia de árboles", traducción de José Emilio Pacheco, en *Proceso*, 11 de diciembre de 2010, recuperado de <https://www.proceso.com.mx/258975/jules-renard-1864-1910-diez-historias-naturales> (Consulta: 22 de enero de 2020).
- Reyes, Alfonso (2005). *Visión de Anáhuac* (fragmento), México, Fondo de Cultura Económica-Cátedra Alfonso Reyes del Tecnológico de Monterrey.
- Sahagún, Fray Bernardino de (1982). *Historia general de las cosas de la Nueva España* (fragmento; para esta edición con el título "La luna"). Adaptación de Sharon De la Torre Monterrubio.
- Samaniego, Félix María de (1975). "La lechera", en *Fábulas*, selección y notas de María de Pina, México, Porrúa ("Sepan cuantos...", 16).
- Sánchez Santiago, Celerina Patricia, "Apenas entendí", en Susana Bautista Cruz, "Levantar la voz con la palabra": *Poesía de mujeres indígenas contemporáneas*, recuperado de <https://www.tierraadentro.cultura.gob.mx/levantar-la-voz-con-la-palabra-poesia-escrita-por-mujeres-indigenas-contemporaneas/> (Consulta: 23 abril de 2020).
- Schwob, Marcel (2013). "La Salvaje", en *El libro de Monelle*, traducción de Teba Bronstein, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Shelley, Jaime Augusto (2003). "Los pájaros", en *Exilio interior*, México, Ítaca.
- Stoker, Bram (2000). *Drácula* (fragmento), traducción de Mario Montalbán, Barcelona, Plaza & Janés.
- Storni, Alfonsina (2004). "Yo en el fondo del mar", en *Antología poética*, Buenos Aires, Losada.
- Tablada, José Juan (2005). "Luciérnagas" (fragmento; para esta edición con el título "El jardín está lleno de suspiros"), en *Li-Po y otros poemas*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Torres Bodet, Jaime (2017). "Manzana", en *Poesía completa*, México, Fondo de Cultura Económica (Letras mexicanas).
- Toscano, Salvador (2014). *Cauhtémoc* (fragmento; para esta edición con el título "La infancia de Cauhtémoc"), México, Fondo de Cultura Económica.
- Vallejo, César (1990). "Paco Yunque" (fragmento), en *Cuentos completos*, México, Premià Editores.
- Varo, Remedios (2008). "Vagabundo", varios autores, en *Remedios Varo, catálogo razonado*, México, Ediciones Era.
- Verne, Julio. *Veinte mil leguas de viaje submarino* (fragmento). Adaptación de Sharon De la Torre Monterrubio.
- Villalobos, Juan Pablo (2010). *Fiesta en la madriguera* (fragmento; para esta edición con el título "Hipopótamos enanos"), Barcelona, Anagrama (Narrativas hispánicas, 473).
- Villaurrutia, Xavier (1966). "Aire", en *Obras. Poesía. Teatro. Prosas varias. Crítica*, 2ª ed., México, Fondo de Cultura Económica (Letras mexicanas).

Créditos iconográficos

Mariana Alcántara Pedraza, pp. 47, 59, 74, 121, 133
Diego Álvarez, pp. 17, 36, 38-39, 63
Sharon Barcs, pp. 95-97
Israel Barrón, pp. 12, 76-78, 98-100, 116-119
Patricio Betteo, pp. 22-25, 26, 101
Ángel Campos Frías, pp. 18-19, 44-45, 75, 107
Julián Cicero, pp. 40-41, 56-57, 112-113
Juan José Colsa, pp. 48-49, 54, 58, 90-91, 154, 155
Paloma Díaz Abreu, pp. 32-33, 70-73, 80, 104-106
Julia Díaz Garrido, pp. 142-143
Ixchel Estrada, pp. 30-31, 50-51, 55, 85
Ricardo Figueroa Cisneros, pp. 13, 34-35, 152-153
Mauricio Gómez Morín y David Lara, pp. 20-21, 66, 67, 46-47
Natalia Gurovich, pp. 79, 115
Alejandro Herrerías, pp. 148-151
Claudia Legnazzi, pp. 14-16, 43, 68-69, 144-147
Diego Molina, pp. 82-83, 114, 130-132, 135
Claudia Navarro, pp. 122-129
Gabriela Podestá, pp. 28-29, 92-94, 108-110
Tania Recio, pp. 27, 60-62, 134, 138-141
Esmeralda Ríos, pp. 11, 111, 120
Luis San Vicente, pp. 8-10, 86-89
Mauricio Torres Rivera, pp. 64-65, 136-137
Cecilia Varela, pp. 42, 81
Cuauhtémoc Wetzka, pp. 52-53, 102-103

Lecturas. Cuarto grado
se imprimió por encargo
de la Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos,
en los talleres de Imprecorme, S. A. de C. V.
con domicilio en Avenida José María Martínez, número 501,
Colonia Jacalones II, C. P. 56604, Chalco, Estado de México,
en el mes de abril de 2021.
El tiraje fue de 2,418,000 ejemplares.



Distribución gratuita
Prohibida su venta



La maestra rural, 1924
Diego Rivera (1886-1957)
Fresco, 2.21 × 7.78 m
Patio del Trabajo,
segundo nivel (escalera)
Secretaría de Educación Pública



EDUCACIÓN
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA



9 786075 513690